62

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

EL AMO DEL COTARRO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIANO DE VELA Y MAESTRE

d. 1933
Inv

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4.º SEGUNDO
1895

A Eugenio Rodríguez Frías, aplaudido autor su afmo

M. de Vela y Maestre

EL AMO DEL COTARRO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

6368

EL AMO DEL COTARRO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIANO DE VELA Y MAESTRE

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 23 de Febrero de 1895

MADRID
R VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA	Srta. Cobeña (C.).
GREGORIA	Sra. Alverá.
FILOMENA	Ruiz.
JUANA	Srta. Cancio.
MOZA 1.ª	Casado.
DON AMBROSIO	Sr. Cepillo.
JACOBO	Thuillier.
PACO	García Ortega.
DON PEPITO	Balaguer.
DON MANUEL	Cirera.
EL TÍO ROQUE	Mario.
BERMÚDEZ	Ponzano.
GARCÍA	Cerro.
ALCALDE	Urquijo.
ALGUACIL	Lacalle.
DON AQUILINO	Martínez.
HOMBRE 1.º	Abojador.
MOZO 1.º	Santés.
MOZO 2.º	Montenegro.

Mozos y mozas

EPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

La plaza del pueblo de Villa-España, á la que afluyen tres ó cuatro calles. En la entrada de una de ellas, que figura ser la principal del pueblo, un arco casi cubierto de ramaje. A la derecha del espectador la casa de don Manuel, de buena apariencia, con un gran balcón practicable en el piso principal y puerta grande y rejas que dan á la plaza. La casa hace esquina y tiene un frente donde hay una reja grande.

ESCENA PRIMERA

ALCALDE, ALGUACIL, HOMBRE 1.º y HOMBRES del pueblo, que están viendo vestir ó vistiendo, con ramas de las que habrá en el suelo, la parte baja del arco.

HOM. 1.º Esto ya está vestío, señor Alcalde.

ALC. ¿Tendremos ya bastante verde? ¿Qué te parece?

ALG. Lo que á usté, señor Alcalde. El Alguacil siempre tié que decir «bien» á tóo lo que diga el Alcalde, como el sacristán siempre tié que decir «amén» á tóo lo que diga el cura.

ALC. Bueno, ¿pero á tí qué te parece? ¿Hay bastante verde?

ALG. Pá mí ya hay bastante. Pá usted no sé si lo habrá.

ALC. Para mí también hay bastante. Lo que no sé es si será bastante para el candidato, ó si á don Manuel le parecerá poco.

ALG. ¡Ca! no, señor; por mucho pan nunca es mal

año. Así pué usté decir que hasta los árboles han tomao parte en el recibimiento.

ALC. Bien. Ahora, escuchad. Ya sabéis que hoy llegará en el tren el candidato de don Manuel y del Gobierno á diputado á Cortes, por Villa-España.

HOMS. Ya lo sabemos.

ALC. Es la primera vez que se presenta, y viene á recorrer el distrito para conocer á sus electores. Es el hijo del ilustre hombre público que nos ha representado tantas veces á gusto de don Manuel, y por consiguiente, á satisfacción de todos. El padre ha sido nombrado senador vitalicio, y no puede representarnos directamente.

HOM. 1.º ¡Ya!

ALC. Don Manuel quiere que hagamos á nuestro futuro diputado un recibimiento entusiasta, para que vea lo que significamos y para que rabien los del otro bando, y es preciso que echemos la casa por la ventana.

HOMS. Comprendío.

ALC. ¿Tú eres el encargado de los vivas?

HOM. 1.º Sí, señor.

ALC. Pues á ver cómo te portas. Ya sabes que han de ser espontáneos.

HOM. 1.º ¡Con tóa mi juerza! ¡Me paece que más espontanéos!...

ALC. Tú los das y todos los demás los contestais. Ya lo sabéis de otras veces.

UNOS Sí, señor.

OTROS. Descuidie usté.

HOM. 1.º Cuando pare el tren, grito...

ALC. (Poniéndole una mano en la boca.) No grites ahora; no vayan á decir los contrarios que estamos ensayando.

HOM. 1.º (Bajando la voz.) Gritaré: «¡Viva el candilato! ¡Viva el deputao por Villa-España!»

ALC. No está elegido; pero como si lo estuviera. Y en seguida muchos vivas á D. Manuel, que es el que aquí lo puede todo, para que se sepa.

HOM. 1.º Ya lo sé.

ALC. Y como cosa vuestra, no estaría de más

que—espontáneamente—me dierais unos cuantos vivas, para demostrar que estais contentos con mi autoridad.

HOM. 1.º Entendío.

ALC. Id por casa, que ahora iré yo y os daré un trago para que sintais más entusiasmo.

UNOS Güeno.

OTROS Pus hasta ahora, señor Alcalde.

ESCENA II

ALCALDE y ALGUACIL

ALC. Es preciso que el recibimiento sea sonao, para que se vea que yo se hacer las cosas.

ALG. ¡Y bien sonao que va á ser! El señor Cura, al prencipio estaba así... un poco remiso á que repicasen las campanas. Me dijo, dice... «Hombre, eso me paece un poco juerte. ¿Quién ha mandao eso?» Yo le dije, digo: «Don Manuel.» «¡Ah!»—dijo, dice:—«Si lo ha mandao don Manuel, que repiquen.» En cuanto que se nombra á don Manuel, ¡boca á bajo tóo el mundo!

ALC. Naturalmente. Don Manuel es aquí... «El amo del cotarro», como dice don Ambrosio.

ALG. A los mozos y á las mozas, no les he encargao que se pongan los trapos de los días de fiesta, porque eso ya lo harán ellos por su cuenta. Eso va á ser lo más espontanéo. Pero les he encargao que se laven bien la cara y las manos. Sobre tóo las manos, pá que no digan que hay aquí manos puercas.

ALC. Bien hecho.

ALG. No me lo ha encargao usté, pero por mi *iniciativia*. Creo que eso es de mi incumbencia.

ALC. Entra en la policía urbana.

ALG. Ya ha visto usté: no sólo he cuidiao de la limpieza pública, sino que me he metío en la privá. Porque cá uno pué lavarse ó no lavarse la cara, me paece á mí, según se le antoje.

ALC. La autoridad puede meterse en todo; para eso es autoridad.

ALG. Pero no me negará usté, que la enclinación natural del hombre es á no lavarse, sobre tóo, cuando hace frío. Ciertas presonas, güeno que se laven de cuando en cuando: usté y yo—pongo por caso;—don Manuel, verbo en gracia—güeno que se lave más que nosotros... tié que paecer más limpio; la señorita Emilia—por ejemplo—güeno que se lave... tamién se riegan las rosas; pero el pueblo, ¿pá qué?... trabajo perdío... pá golver á ensuciarse.

ALC. Vamos á ver si don Manuel tiene que mandarnos algo, y á decirle que ya está todo dispuesto.

ALG. Amos cuando usté mande.

ALC. Mira; no es que se me haya subido la alcaldía á la cabeza, como sé que dicen en la tertulia del boticario. Pase que cuando estemos solos no me llames *usía*, pero delante de gentes, y, sobre todo, delante del candidato y de quien le acompañe, no puede pasar que me trates de cualquier manera. Es preciso enaltecerme para enaltecer el cargo.

ALG. Y que así me enaltezgo yo tamién. Y ahora que habla usté de que esté uno enaltecío... ú no enaltecío... tóo el pueblo le está faltando á usté al respeto.

ALC. ¿A mí?

ALG. Sí, señor. Como usté vá siempre delante y yo detrás, cuando pasamos, oigo que dicen: —«Ahí vá el perro del Alcalde.»

ALC. Pero, hombre, si no te dicen nada de particular. ¿Qué es el Alguacil sino el perro del Alcalde?

ALG. Tamién podía ser que le llamaran á usté perro.

ALC. Eso sería ya un insulto á la autoridad. (Entrando en la casa de D. Manuel.)

ALG. ¡Tuso!... ¡Tuso!... ¡Me paece que eso es faltar á la autoriá! (Entra detrás del Alcalde. Se oye por la derecha la jota, que en bandurrias y guitarras, vienen tocando los mozos.)

ESCENA III

MOZOS PRIMERO y SEGUNDO y DE LA RONDA. Chiquillos, hombres y mujeres del pueblo. JUANA cuando lo indica el diálogo. Salen primero los chiquillos saltando y bailando. Después, tocando la jota, los mozos de la ronda, y con ellos los mozos primero y segundo, y el que cante. Por último los hombres y mujeres del pueblo, que vienen detrás, unos, y que acuden, otros, por distintos lados.

Cuadro animado

MOZO 1.º Echemos una copla alusivia en la puerta de don Manuel. Anda, Jeromo, echa un cantar de esos que has sacao de tu cabeza.

EL QUE CANTE
Don Manuel tiene una hija
que es una perla preciosa,
y esa casa es el estuche
donde se guarda esa joya.

(Todos asienten y celebran la copla.)

MOZO 2.º Ahora uno de esos, pá que rabien los otros.

EL QUE CANTE
Don Manuel es el que manda,
pá que rabien los Martínez;
que se queje al que le duela,
que se rasque al que le pique.

MOZO 1.º ¡Viva don Manuel!

TODOS. ¡Viva! ¡Viva!

JUANA. (Por la puerta de la casa de don Manuel, con un jarro grande lleno de vino en una mano, y un vaso en la otra.) Muchachos, don Manuel que sus dé las gracias en su nombre y en el de la señorita por las coplas; que bajís ya hacia la estación, y que antes sus dé un trago pá que remojís los gaznates.

MOZO 1.º ¡Viva don Manuel! Trae, Juana. (A Juana que va á servirles vino, tomándole el jarro y el vaso.) Aunque sabería mejor el vino servío por tí, semos aquí muchos machos, pá consentir que tú nos sirvas.. Y eso que tú aún sirves pa cualisquiera cosa.

JUANA. Ya he servío una vez, y por hoy, no tengo pensamiento de reengancharme.

MOZO 2.º ¡Así me gustan á mí las viudas!

JUANA. ¿Consecuentes?

MOZO 2.º No; jóvenes y bien parecías. (Todos se ríen. Entre tanto el vaso y aun el jarro, habrán ido corriendo de mano en mano.)

MOZO 1.º (A Juana, devolviéndole el vaso y el jarro.) Toma, Juana, y muchas gracias. (Dirigiéndose á todos.) ¡Amonos ya! Echemos la de «Camino de la estación» pa dir andando. (Salen todos al compás de la jota que se irá perdiendo al pasar del arco.)

EL QUE CANTE
Camino de la estación
vamos cantando la jota,
á esperar al candilato
para cantarle una copla.

(Juana queda un rato en la escena viéndolos marchar. Cuando va á entrar en la casa, Jacobo, que sale por una de las boca-calles, la llama.

ESCENA IV

JUANA y JACOBO

JAC. ¡Juana!... ¡Juana!... ¡Oye!

JUANA ¡Señorito Jacobo, por Dios! ¡Usté quié comprometerme!... Si le ven á usté hablar conmigo! ¡Si se lo dicen á don Manuel!...

JAC. Están todos en la estación, ó «camino de la estación.»

JUANA ¡En un pueblo, cá ventana de cá casa, es un ojo! cá puerta...

JAC. Una boca... ¡Ya, ya!...

JUANA Diga usté pronto.

JAC. Dí á tu señorita que estoy aquí; que deseo verla, que se asome un momento á la reja; que no hay nadie.

JUANA ¿Qué no hay naide, y está el señor con el Secretario y con el Alcalde y el Alguacil dentro de casa? Ya creo que bajan... Sí... sí... ¡Márchese usted! ¡Como se entere don Manuel, vamos á tener la de Dios es Cristo!

JAC. Que se asome luego.

JUANA Güeno, yo se lo diré.

JAC. Adiós.

ESCENA V

JUANA, DON MANUEL, GARCÍA, ALCALDE y ALGUACIL

D. MAN. Se habrán ido más contentos... (A Juana.)
JUANA. Sí, señor. (Entra en la casa.)

ESCENA VI

DICHOS menos JUANA

D. MAN. Hay que contentarlos.
GARC. Cuesta poco.
ALC. D. Manuel, yo tengo que ir á casa un momento, con permiso de usted á dar las últimas órdenes, antes de bajar á la estación.
D. MAN. Vaya usted, hay tiempo.
ALC. Y la estación está muy cerca.
D. MAN. El Secretario y yo iremos despacio, y así podremos ver mejor los preparativos.
ALC. Yo los alcanzaré á ustedes. ¡Vamos! (Al Alguacil.)
ALG. ¿Tié usté que mandarme algo, don Manuel? Porque usté es primero que tóo.
D. MAN. Nada, hombre, nada.
ALG. Pus, amos de «perro del Alcalde.»

ESCENA VII

DON MANUEL y GARCÍA

GARCÍA Nos cortó la conversación la entrada del alcalde. ¿Conque insiste usted en que se haga eso en ese expediente?
D. MAN. Sí, hombre, sí.
GARCÍA ¡Mire usted que es una cosa muy grave!... Una enormidad que nos puede costar cara.
D. MAN. ¡Bah!
GARCÍA ¿No es posible?
D. MAN. También es posible que ahora se hunda el

firmamento y nos aplaste. Pero... ya verá usted como no se hunde. Creo que el Alcalde firmará ese expediente.

GARCÍA El Alcalde firma como en un barbecho.

D. MAN. Ya sé que firma todo lo que usted le pone.

GARCÍA Tiene confianza en mí. La verdad es que sin mi...

D. MAN. No tiene muchos alcances, que digamos; pero en cambio usted, ¡ya alcanza! ¡ya alcanza! Váyase el Alcalde por el Secretario. Por eso no cuento con él para nada. Le digo: —«Haga usted lo que le diga el secretario,» —y al secretario le digo: —«Esto hay que hacer.»—Y hasta hoy el secretario no se había permitido poner inconvenientes á un deseo mío.

GARCÍA Ni hoy los ha puesto tampoco. Se ha permitido solamente llamar la atención de usted sobre la gravedad de su deseo y sobre las consecuencias que pudiera traer.

D. MAN. Yo arrostro las consecuencias.

GARCÍA Y yo también por servir á usted. Lo que temo es que el Gobernador... Ya sabe usted que está... así... un poco...

D. MAN. ¡Bastante me importa á mí el Gobernador! ¿Me meto yo en su «ínsula»? ¡Pues que no se meta él en la mía! ¿Me sirve? Nos sirve. No hay *Sancho* mejor. ¿No quiere servirnos? Peor para él. No durará mucho al frente de la provincia. Ningún Gobernador,—y usted sabe que ha habido alguno terne,—ningún Gobernador ha podido conmigo. Conque—en síntesis,—amigo García, ¿se hará eso en ese expediente?

GARCÍA Se hará.

D. MAN. Ya sabe usted que yo estimo mucho sus talentos y sus ingeniosidades, y que le tengo destinado á más altas empresas que las de secretario del ayuntamiento de Villa-España.

GARCÍA Por hoy estoy contento con la estimación de usted, y satisfecho con la secretaría. Lo de menos es el sueldo.

D. MAN. Ya me lo figuro. Bien que usted,—aparte

de ser mi lugarteniente,—es aquí el secretario de todo, el *fac-totum*, algo así como: «Secretario general del Despacho.»

GARCÍA Sí; lo tengo yo que hacer todo. Si no... ¿quién lo haría?

D. MAN. Ni ¿quién lo haría mejor?

GARCÍA Muchas gracias.

D. MAN. Vamos ya.

GARCÍA Cuando usted guste. ¿Qué le parece á usted el arco?

D. MAN. ¡Pche!... No está mal. Mucho verde le han puesto.

GARCÍA Son muy aficionados á eso. Siempre les parece poco.

ESCENA VIII

DON AMBROSIO y DON AQUILINO

D. AMB. (Que sale por una boca-calle, al ver salir á don Aquilino por otra.) ¿Va usted también á esperar al candidato, don Aquilino?

D. AQ. ¿Qué he de hacer? ¿Y usted, no va?

D. AMB. No sé si podré. Pero haré por venir aquí á la hora de los discursos y demás. A mí me divierten mucho esas mojigangas. ¡Estamos tan aburridos! Siquiera para usted es hoy día de asueto. Mis enfermos no se han puesto buenos porque venga el candidato.

D. AQ. ¡Lo que es para lo que sirve la escuela, ya podían cerrarla! ¡Calle usted, si aquello no es escuela! ¡Aquello es más bien una casa de maternidad! ¡Y luego dicen! ¡Ni Job con toda su paciencia! ¡Si yo volviese á nacer, ¡cualquier día me dedicaba á desasnar muchachos!

D. AMB. Pues si yo volviese á nacer, no crea usted que me dedicaría á médico en un pueblo. ¡Mejor me hacía albeitar!

D. AQ. El uno, porque es hijo del alcalde; el otro, porque es sobrino del Espíritu Santo... ¡le digo á usted!... Ya sé lo que usted dirá: «Impóngase usted, tenga usted carácter, conser-

ve usted su dignidad.» Pero ¡qué dignidad, ni qué carácter, ni qué nada quiere usted que tengamos! ¿Ha visto usted alguien que tenga prestigio, con la cara famélica, la ropa raída y las botas riéndose á carcajadas?

D. Amb. No, señor.

D. Aq. Pues así hay maestros en España. ¡Los hay que tienen que pedir limosna! ¡Da vergüenza... hasta decirlo!

D. Amb. ¡Y la misión que cumplen no puede ser más augusta!

D. Aq. *Angosta*, habrá usted querido decir... ¡Muy angosta!

D. Amb. ¿Pero usted no comprende que si el pueblo estuviera instruído no podrían pasar ciertas cosas?

D. Aq. Y con apariencias de legalidad.

D. Amb. Que se lo pregunten á don Manuel.

D. Aq. Eso sí; nosotros hemos salido ganando. Somos un pueblo pequeño; estamos á un extremo; todo lo que usted quiera; pero este era el pueblo de don Manuel; aquí tenía él su casa y sus propiedades,—y tenemos carretera—y tenemos ferro-carril...

D. Amb. Que también pasó por aquí perjudicando á otros pueblos, y ¡qué casualidad! por fincas de don Manuel, como la carretera.

D. Aq. Y somos cabeza de partido judicial, cabeza de distrito electoral...

D. Amb. Y no somos cabeza *episcopal*, porque á don Manuel no se le ha antojado una *catedral*. Y si quiere usted saber más de los procedimientos del caciquismo en estos pueblos, allí veo al tío Roque, que es una de las víctimas! ¡Tío Roque! (Llamándole.) Voy á decirle que le cuente á usted su historia.

ESCENA IX

DICHOS y EL TÍO ROQUE

Tío Roq. ¡Tengan ustés mu güenos días, señores!

D. Aq. ¡Téngalos usted muy buenos!

D. Amb. ¡Hola, Tío Roque! ¿Cómo va?

TÍO ROQ. ¿Cómo ha de ir, señor? De salú, bien. Si cuanto más desgraciao es uno, paece que tié más salú. ¡Si yo quisiá vivir, pué que me hubiá muerto!

D. AQ. ¿Tan desgraciado es usted?

TÍO ROQ. Que se lo cuente á usted don Ambrosio.

D. AMB. Mejor es que usted mismo se lo cuente al señor maestro. Don Aquilino y yo estábamos hablando de los procedimientos del caciquismo en estos pueblos, y como usted es un ejemplo viviente...

TÍO ROQ. Sí, señor.

D. AMB. Le dije á don Aquilino: «Quiere usted saber cómo procede el caciquismo? Allí veo una víctima. Voy á decirle que le cuente á usted su historia.» Conque, tío Roque, ¿quiere usted contárnosla?

TÍO ROQ. ¿Mi historia? Mi historia no tié ná de particular pá el que no tié que llorarla; la conoce usté de sobra, señor maestro; es la historia del probe labraor, del infeliz contrebuyente. (Pequeña pausa.) Yo era—como usté sabe—un probe hombre que no había hecho en su vía otra cosa que labrar la tierra. Ara que ara, y siembra que siembra, azotao por el viento, la lluvia ó la nieve, ó apedreao por el granizo; siega que siega, ó trilla que trilla, abrasao por el sol, ¡y tan contento! ¡La tierra! ¡oh! La tierra es como nuestras madres, ó nuestras madres son como la tierra... La tierra dá flores y frutos; las madres dan hijos; flores cuando niños, frutos cuando hombres... ¡Yo quería á la tierra poco menos que á mi madre!

D. AQ. El labrador puede decir que es hijo de la tierra.

D. AMB. Se identifica el hijo con la madre.

TÍO ROQ. Era yo mu chico, y ya le pedía á mi padre que me llevase al campo. Me gustaba á mí que mi padre me montara en una de las mulas de la yunta, y ¡allá iba yo tieso y empingorotao, como si juera un presonaje! Llegábamos al piazo que tocaba labrar aquel día. Mi padre araba y araba... y aunque al-

gunas veces hacía mucho frío, el probe suaba, y su suor corría por entre las arrugas de su curtía piel como por entre los terrosos surcos, cuando llovía, el agua de la lluvia. Yo, entonces; no hacía caso, ni de la lluvia, ni del frío, ni del suor de mi padre. ¡Hasta me gustaba que lloviese pá mojarme como un hombre! A lo mejor, yo, que me había cansao de hacer hornos y casas con piedras y con tierra, y que estaba mirando y mirando arar y arar á mi padre, le decía: «Padre, déjeme usté arar á mí.» Y me dejaba. «Pon aquí una mano.» Y al ver que la reja seguía abriendo el surco, yo, que creía que el surco se abría por el esjuerzo de mi débil brazo, le decía á mi padre: «¿Eh, padre? ¡Ya sé arar!» Y seguía apretando... y apretando... y haciendo mucha juerza... y llegaba á suar también, como mi padre... ¡y me reía, y me alegraba fatigarme y suar!

D. Amb. Cuando somos niños, hasta el trabajo nos parece un juego.

D. Aq. Aquello era un juego más.

Tío Roq. ¡Y con qué impacencia esperaba yo la hora de la comía! ¡Con qué hambre! «Padre, ¿no comemos? ¡Ya es hora!» Pá mí siempre era hora... Dimpués, á trabajar otra vez... mi padre; yo... á juegar al trabajo, como ustés han dicho. Diquiá que se ponía el sol, y emprendíamos la güelta al pueblo, yo, caballero como á la ida, en una de las mulas de la yunta.

D. Amb. ¿Qué le parece á usted el cuadro?

D. Aq. ¡Muy hermoso!

Tío Roq. Dimpués juí mayor y púe ayuar á mi padre, y entonces aprendí lo que es el trabajo de veras... Dimpués juí un hombre, y murió mi padre (que esté en gloria) y su casa y sus tierras jueron mías... Dimpués me casé, y mi casa siguió siendo el nío de mi familia; y tuve un hijo, y dende aquel día amé más aquel nío, y labré con más afán—si cabe—mis cuatro tierrecillas. Y tamién llevé á mi hijo al campo, empingorotao como

un presonaje, en una de las mulas de la yunta, y le enseñé á arar como á mí me había enseñao mi padre. Pero aquel hijo de mi alma creció... y creció... hasta que se hizo un mozo... ¡que me río yo de tóos los mozos del pueblo!... Usté se acordará de él, don Ambrosio.

D. Amb. Sí.

Tío Roq. Y, ¡claro! tuvo que entrar en quintas. Y tuvimos suerte: se libró por el número. ¡Pero el infame don Manuel!... Perdonen ustés si les ofende...

D. Amb. No.

D. Aq. Continúe usted.

Tío Roq. Pero el infame don Manuel...—¡no pueo dejar de llamarle infame!...—hizo que pasara por inútil el que había sacao el número más bajo—aunque estaba tan sano como el que más, porque era hijo de uno que disponía de dinero y de unos votos, y pá vengarse de mí, porque una vez no quise votar con él—y el hijo de aquel padre, que tenía pa redimirse, se queó paseándose por el pueblo, y yo, que no podía redimir á mi hijo, tuve que ver que se lo llevaran, y tuve que dejar que á su madre y á mí nos arrancaran el corazón.

D. Amb. ¿Eh?

D. Aq. ¡Yá, yá!

Tío Roq. ¡Y nos lo arrancaron pá siempre! ¡Nuestro hijo no golvió! ¡Jué aquel un golpe!... ¡Sólo el que haiga perdío un hijo sin quearle nenguno, pué saber lo que es eso! ¡Mi probe mujer, la probe madre no lo puo resistir! ¡Yo, valía más que no lo hubiá resistío! ¡Me queé sólo en aquel nío, sin otro calor que el de mis tristes recuerdos, y aunque ya sin afán, seguí labrando mis cuatro terrones! Había que dar lo que pedía al miserable cuerpo que se ostinaba en seguir viviendo! Pero... ¡siempre el infame don Manel!... Yo no me metía en ná... ¡Bastante tenía yo con mi pena! Pus se empeñaron en que yo era del otro bando, y me jueron cargando las

contrebuciones, pá descargarse ellos... Yo las pagaba por amor á mi casa y á mis tierras... Pero vinieron años malos y ya no púe pagar... y ¡lograron lo que buscaban! ¡Me embargaron... primero una tierra... y luego otra... y otra... y la casa... y tóo... y se quearon con ello por ná... y, ya viejo, me ví en la calle y tuve que pedir limosna! ¡Y este cuerpo, más miserable cá día, empeñao en seguir viviendo! ¡Y como tuve que hácerme á mi pena, tuve que hacerme á ir de casa en casa y de puerta en puerta, pidiendo una limosna por amor de Dios! ¡En la que jué mía, no pido! ¡Oh, no! A mi casa no me he acercao... no me acercaré nunca á pedir una limosna... ¡Me rechazarían las piedras que me llaman!

D. Amb. Vaya usted por la mía á la hora de comer.

D. Aq. En la mía, siempre que haya, habrá para usted.

Tío Roq. ¡Muchas gracias, señores! ¡Dios se lo pague... y que nunca se vean ustés como yo me veo!

D. Aq. ¡Quien sabe si yo tendré que verme algún día!

Tío Roq. Con que ya sabe usté la historia del probe labraor... ¡Una infamia! ¡Una verdaera infamia!... (Echando á andar en actitud de súplica dolorosa, como considerando á lo que ha llegado.) ¡Una limosna por amor de Dios!... ¡Oh, no!... ¡A esa casa... (Retrocediendo á la vista de la de don Manuel.) tampoco me he acercao... tampoco me acercaré nunca á pedir una limosna!... ¡Antes me muero de hambre! ¡Veo en esa puerta la sangre de mi hijo! (Saliendo con horror y espanto por una boca-calle.)

ESCENA X

DON AMBROSIO y DON AQUILINO

D. Aq. ¿Qué quiere usted que pase con tales administradores?

D. Amb. Que estemos *administrados.*

D. Aq. Vaya, que hablando hablando...

D. Amb ¡A la estación!

D. Aq. Sí, amigo don Ambrosio. ¡La dura necesidad hace esclavos á muchos hombres!

D Amb. Espere usted un poco y llevará usted compañía.

ESCENA XI

DICHOS, GREGORIA FILOMENA y DON PEPITO

Greg. / Fil. ¡Felices!

D. Aq. / D. Amb. ¡Felices!

D. Pep. ¡Hola, querido Galeno! ¡Insigne pedagogo!

D. Amb. ¿A dónde bueno el distinguido farmacéutico de este pueblo, su distinguida esposa, y la no menos distinguida hermana del digno secretario de nuestro ilustre Ayuntamiento? ¿Van ustedes también á la estación?

Greg. Este. ¿Qué se diría si no? ¡Una de las clases directoras de Villa-España!

Fil. Nosotras vamos á acompañar á Emilia, y á presenciar desde casa de Don Manuel la entrada del candidato.

D. Amb. ¡Ah!

Greg. Dicen que es muy joven.

Fil. Y muy fino.

D. Amb. En Madrid hay gente muy fina. Y aquí también

Greg. Creo que le acompaña Bermúdez, el secretario particular del padre. ¿Es muy simpático ese Bermúdez, verdad?

Fil. Muy simpático.

Greg. ¡Aunque á mí me parece que tiene más conchas que un galápago!

D. Aq. Ahora ya todos tenemos una armadura de conchas.

D. Amb. ¡Y pobre del que no la tiene! Sin conchas, sería aun más feo el galápago... y se le aplastaría más fácilmente.

GREG. ¿De modo que conviene usted conmigo en que el tal Bermúdez es listo de veras?

D. AMB. Dejaría de ser secretario, más ó menos particular. Pero yo no he convenido en nada. A mí Bermúdez me parece... lo que me parece.

GREG. ¡Usted siempre con sus cosas!

D. PEP. No hay como tener cosas, amigo don Ambrosio.

D. AMB. Ustedes han dado en decir que las tengo.

D. PEP. Nos dice usted todo lo que quiere, y como tiene usted *cosas*... pues, no podemos enfadarnos.

D. AMB. Vaya, señoras, con permiso de ustedes, voy ahí, á ver si doy de alta á un enfermo.

D. AQ. Y yo voy hacia la estación.

GREG. ¿Va usted hacia la estación? Pues haga usted el favor de encarrilar á mi marido. ¡Vamos, anda! ¡No seas posma! ¡Muévete, hombre, muévete! ¡Ay, qué hombre! ¡No se mueve por nada! ¡Yo, en cambio, soy una pólvora para todo!.. ¡Pero á este marido que Dios me dió, no le hace volar ni la pólvora! ¡Vean ustedes qué cachaza! ¡Así estás tú de gordo!... ¡No piensa más que en comer! ¡No puedo con las vulgaridades!

D. PEP. (Aparte á don Aquilino.) ¿Usted creerá que yo puedo con mi mujer?

D. AQ. No sé. Lo que es ella, de seguro no puede con usted.

D. PEP. No puede, no señor. Cada día estoy más gordo.

D. AQ. Hace usted muy poco ejercicio.

D. PEP. Eso le parecerá á usted. ¡Si con una mujer como la mía, siempre tiene uno que estar haciendo ejercicio! En la botica, ¿quién creerá usted que muele cuanto hay que moler?

D. AQ. ¿Ella?

D. PEP. A mí, sí, señor. Pero todo lo demás que hay que moler, no lo muele el mancebo, no lo muele «Cataplasma,» lo muelo yo, porque se empeña mi mujer! Y á cualquiera le pongo yo media horita nada más, muele que

muele, en el mortero de campana! Ea, vamos á la estación. En confianza; yo por mi gusto no iría, por no molestarme; ¡pero qué remedio! soy, como dice mi mujer, una de las personas de más viso de Villa-España.

D- AQ. ¡Ya lo creo!

ESCENA XII

GREGORIA y FILOMENA

GREG. ¿Entramos ya?

FIL. No hay prisa. Tiempo tenemos de aburrirnos con la tal Emilia.

GREG. ¡Dichosa Emilia! ¡Es más simple!.. No se puede hablar con ella de nada. No se puede hablar mal de nadie en su presencia! ¡Como si en un pueblo pudiéramos vivir sin hablar mal unos de otros!

FIL. ¡Y, sin embargo, todos dicen que tiene tanto atractivo, y que es tan distinguida, y tan elegante!

GREG. Porque se viste en Madrid.

FIL. ¡Como si las demás no nos vistiéramos en Madrid!

GREG. O como si no pudiéramos vestirnos.

FIL. ¡Y como si no hubiera en el pueblo más persona distinguida! Desengáñese usted, Gregoria, si no fuese hija de don Manuel, no sería tan *atractiva*.

GREG. Pues á Jacobo Martínez no le habrá servido de imán don Manuel.

FIL. Como si no hubiera en el pueblo otra á quien dirigirse sin necesidad de enamorarse de la hija del enemigo de su padre.

GREG. A tí... por ejemplo.

FIL. No lo digo por mí, precisamente.

GREG. Y aunque lo dijeras.

FIL. Nunca fué santo de mi devoción.

GREG. Pues, mira lo que son las cosas; en el pueblo no ha faltado quien pensase que tú estabas enamorada de él, y que por eso le tienes tanta rabia á ella.

FIL. Como se la tenemos todas, como se la tiene

usted también, porque no podemos resistir su fingida modestia, y sus aires de superioridad mal disimulada.

GREG. También se la tengo; pero se la tengo más al tal Jacobo. ¿Sabes cómo nos llama? «Las alegres comadres de Villa-España.» ¿Y sabes cómo llama á nuestras reuniones de los sábados? «El aquelarre.» Doña Escolástica y doña Casta, sobre todo, están indignadísimas.—¡Eso es llamarnos brujas!—dicen. Y la verdad es que si lo dice por doña Escolástica y por doña Casta, tiene razón. Yo no me indigno tanto por lo de «brujas» como por lo de «comadres»... y «alegres»... ¡Vamos, lo de «alegres» no se lo perdono!

FIL. ¿Conque piensan que yo estoy enamorada de Jacobo Martínez? ¡Pues eso es hacerme muy poco favor!

GREG. ¡Y perjudicarte además!

FIL. ¡Oh! Tengo una rabia... que si pudiera ver á esa Emilia convertida en ceniza, no sabe usted lo que yo iba á gozar!

GREG. ¿Y á Jacobo no?

FIL. También. Pero deje usted que llegue el «diputadito.» Tal vez le dé un disgusto. Si no fuera porque todavía no conviene que se divulgue, le diría á usted una cosa que me ha dicho mi hermano en confianza.

GREG. ¿Qué? ¿Qué? ¡Ah! ¿Quieres que te lo diga yo á tí? Conozco la *fórmula*: Despáchese: De Emilia Rodríguez, lo que pese: de «diputadito», lo que *valga;* de jarabe de azahar... lo preciso... de agua clara... lo necesario. Mézclese según arte, agítese por don Manuel, y verás como hay *cura*.

FIL. ¿Y Jacobo Martínez?

GREG. Jacobo Martínez, no entra en la combinación, y si entra, se *evapora*. ¿A que se opera en Emilia una reacción química? Yo estoy muy fuerte en eso de las *re-acciones*. He tenido que despachar muchas recetas, y ¡claro! ¡conozco la química! Pero no creas que un cuerpo se pierde por evaporarse; puede entrar *en otra combinación*.

FIL. No; pues yo no soy plato de segunda mesa!

GREG. Vaya, cálmate, y vamos á dar un paseillo antes de entrar, porque si entras ahora...

ESCENA XIII

EMILIA y JUANA, en la reja que da frente al público

EMIL. Ya viene por allí.

JUANA ¡Por Dios, señorita, conténtese usted con verle!

EMIL. ¡Ay, Juana! Cuando no le veo, me contento con verle; cuando le veo, necesito hablarle; cuando le hablo, quisiera no dejar de hablarle nunca. Anda, asómate, y avísame si viene alguien.

JUANA Bueno, pero cuatro palabras ná más.

EMIL. Cuatro palabras. ¡Anda!

ESCENA XIV

EMILIA en la reja que da frente al público, JACOBO que sale por la primera boca-calle y JUANA, observando en la plaza

EMIL. ¡Jacobo!

JAC. ¡Emilia mía!

EMIL. ¡Jacobo!

JAC. ¿Qué?

EMIL. Nada... la alegría de verte... Pero... ya te he visto... Márchate ya.

JAC. ¿Ya?

EMIL. Sí; no seamos imprudentes.

JAC. ¿Saldrás esta noche?

EMIL. Saldré... si puedo, y ya sabes que haré todo lo posible.

JAC. Estoy deseando que llegue la noche. Bien dijo el que dijo, que la noche es el día de los enamorados.

EMIL. Pero ven un poco más tarde, por que creo que van á dar serenata al candidato y se prolongará la tertulia.

JAC. ¡Oh! ¡Qué envidia me dá el tal diputadito, y qué rabia le tengo sin conocerle!

EMIL. ¿Por qué?

JAC. Envidia, porque estará en tu casa, porque te verá todo el día; porque te hablará cuando quiera; rabia... ¿qué se yo por qué? ¡por eso mismo!

EMIL. ¡Qué tonto!

JAC. Dicen que es joven, y será galante y te dirá galanterías...

EMIL. ¿Y qué?

JAC. ¡Nada, nada!

EMIL. ¡Bah! Yo sólo te escucho á tí. Tu voz es la única que llega á mi corazón. A los demás, les oigo, si les oigo; pero no les escucho.

JAC. ¡Oh! Tendrás que hacer los honores... y estar amable... tendrás que oir palabras lisonjeras y... ¿quién se acuerda del pobre Jacobo?

EMIL. Quien no le olvida.

JAC. Con las glorias se van las memorias.

EMIL. ¡No!

JAC. ¡Quién sabe! Por de pronto le parecerás bella y te lo dirá.

EMIL. Como si no se lo pareciese.

JAC. Se lo parecerás. ¿No me lo has parecido? ¿No me lo pareces á mí? Pues no creo que tenga mejor gusto que yo. Le parecerás bella porque lo eres; y ese es mi temor, que se lo parezcas; que se fije en tí, que te enamore, porque le gustes, ó porque le convengas... y que á tu padre le sea grato—porque se lo sería—el nuevo pretendiente. ¡Eso nos faltaba, para que nuestro amor hallase más obstáculos en su camino!

EMIL. Poca confianza tienes en mí.

JAC. En tí podré tener confianza; en tu padre no puedo tenerla.

EMIL. En mí, no digas que «podrás» dí que «puedes» tener confianza.

JAC. ¡El mundo dá tantas vueltas! ¡Las circunstancias influyen tanto en nuestras determinaciones!... ¿Quién responde del mañana?

EMIL. ¡Yo respondo! ¡Mi corazón responde que te quiere y que te querrá hoy y mañana... ahora y siempre! Y que te quiere, y que te querrá á tí solo, á tí nada más, sean las que sean las circunstancias.

JAC. ¡Júramelo!

EMIL. ¡Te lo juro!

JUANA ¡Señorita!... ¡señorita!.. La «Boticaria» y la «Secretaria.» (Al ver á Gregoria y Filomena que habrán vuelto y vienen hacia la casa.)

EMIL. Adios, hasta luego.

JAC. ¿A qué hora?

EMIL. A las doce.

JAC. ¡Que te acuerdes mucho de mí!

EMIL. ¡Que no me olvides tú! (Emilia y Juana se retiran. Gregoria y Filomena entran en la casa, después de hablar lo que indica el diálogo. Jacobo va á salir por donde entró y se encuentra con D. Ambrosio.)

GREG. ¿Ves? Ahora ya estás más calmada...

FIL. Y entraré muy sonriente y muy amable... y le daré á Emilia un beso muy apretado y muy sonoro.

GREG. ¡Por no darle un mordisco! Ya, ya sé cómo besamos las mujeres á las amigas que aborrecemos.

ESCENA XV

JACOBO y DON AMBROSIO

D. AMB. ¡Oh, Jacobo!

JAC. Don Ambrosio...

D. AMB. ¿Dónde vas por aquí? No seas imprudente.

JAC. ¿Pero es qué hemos llegado al caso de que un ciudadano pacífico no pueda andar libremente por las calles de Villa-España?

D. AMB. La prudencia debe ser siempre compañera del hombre, y en ciertas ocasiones más.

JAC. ¡Oh! ¡Qué deseos tengo de marcharme á Madrid, y dejar para siempre estas miserias!

D. AMB. ¡Allí también hay miserias, muchas miserias; acaso más! Si no que allí, como el cuerpo es más grande, la llaga parece más pequeña.

JAC. Sí, señor, sí; pero allí se lucha por otros procedimientos

D. AMB. Por otros procedimientos más refinados; en el fondo, por los mismos procedimientos.

JAC. No lo niego; pero allí como son muchos á

luchar, la lucha se engrandece y toma proporciones de batalla; aquí como luchan pocos, la lucha queda reducida á ruin pugilato. Allí, aunque se luche por lo pequeño, se lucha también por lo grande: por el arte, por la gloria, por la ciencia; aquí sólo se lucha por lo pequeño, por lo mezquino, por lo miserable. ¡Oh! ¡Ahógueme, si he de ahogarme, en el mar inmenso y profundo, no en la mezquina charca!

D. Amb. Aquí hay también, aunque en esfera más modesta, quien lucha por lo grande.

Jac. Usted y el maestro nada más. Es usted la única persona con quien se puede hablar en el pueblo.

D. Amb. Tú... Los demás, bien hablan unos con otros. Mas ¡no seré yo la única persona con quien puedas hablar en el pueblo!

Jac ¡La única!

D. Amb. De filosofía, de historia, de literatura... hasta de política, bien—aunque también se puede hablar con don Aquilino;—pero ¿de amor?...

Jac. ¿De modo que usted sabe?...

D. Amb. ¿Que tú amas á Emilia? ¿Que Emilia te ama? ¡Pues si lo sabe ya todo el pueblo!

Jac. ¿Todo el pueblo?

D. Amb. ¡Sí, hombre!

Jac. Pero, ¿cómo?...

D. Amb. ¿Cómo se sabe que sale el sol? Porque se le ve.

Jac. Pues mucho tiempo han estado sin conocerlo. Hace cinco años que nos amamos; dos que tenemos relaciones. Había terminado el curso, y había yo venido á pasar en mi casa las vacaciones. Había ella dejado el colegio, terminada su educación, y había venido también, pocos días antes que yo, para quedarse ya en su casa. No nos habíamos visto desde niños. Salí un día con unos amigos á dar un paseo por el «Camino de los Olivares». Iba yo absorto contemplando la naturaleza, y sintiendo en mi alma esa poesía indefinible que tiene el campo á la caída de la tarde. Todavía brillaba el sol en el hori-

zonte. De pronto, la ví. Lo recuerdo como si fuera hoy. Iba de luto. Y sin embargo, ¡qué blanca y luminosa me pareció! Estaba en una eminencia del camino y tenía por fondo el cielo. ¡Hermoso contraste de lo negro y lo azul! ¡Su ideal figura se recortaba vigorosa sobre el celeste fondo y dudé si los rayos de luz que me cegaban eran del sol ó de sus ojos! La impresión fué tan rápida que no dió tiempo á la curiosidad, y la imagen tan viva que instantáneamente quedó fotografiada en mi alma, como en placa sensible y bien dispuesta Pasó. Nuestros ojos se encontraron, y yo debí ponerme pálido como la cera, y ella se puso, á su pesar, encarnada como una amapola. «¿Quién es—pregunté— ¿No la conoces?» «Emilia Rodríguez. La hija de don Manuel»—me contestaron,—«¡La hija de Rodríguez!» Y mi corazón y mis ojos, yéndose tras ella, me dijeron: «¡Pues aunque sea la hija de Rodríguez la amarás!» Y la amé. Después nos veíamos, cuando Dios quería, y nos mirábamos con miedo cuando nos veíamos. Y así avanzó Septiembre, y yo tuve que volver á Madrid. Hago á usted gracia de lo que yo pensé en ella hasta que volví en Navidad. Vuelta á vernos: vuelta á las miradas, y vuelta á Madrid Pero entonces ya llevaba yo el demonio de los celos dentro del cuerpo. Ya se habían fijado en ella todos los que se creían con méritos para ello en diez leguas á la redonda.

D. Amb. ¡Claro! Las moscas acuden á la miel.

Jac. Y también hago á usted gracia de las torturas que yo pasé en Madrid, pensando en eso, hasta que acabó, por fin, aquel inacabable curso. Llegué y supe que, aunque la caracoleaban muchos, ella no se había decidido por ninguno.

D. Amb. ¡Buena señal!

Jac. Eso dije yo. ¡Buena señal! Yo me había propuesto encerrarme en el silencio hasta que terminara mi carrera; pero, ¡no pude más!

Cogí un papel... y me acuerdo perfectamente de lo que escribí: «Si Emilia guarda en su memoria el recuerdo de cierto día de Julio, á la caída de la tarde, en el «Camino de los Olivares», espere, y crea que también lo guarda en su memoria Jacobo.»

D. Amb. Y debió llegar á su destino aquel papelito, porque Emilia, que guardaba, sin duda, en su memoria el recuerdo de aquella tarde, ha creído y ha esperado.

Jac. Sí, señor. Ya me fuí más tranquilo. Había leído en sus ojos: «Creo y espero.» Y así, hasta que me hice doctor hace dos años.

D. Amb. Pues, ¡dígote que vuestro amor es toda una epopeya!

Jac. Para nosotros, sí; para los demás, la historia de siempre; la de todos los días; una, en su esencia; varia, en sus accidentes; vulgar, para todos; sublime, para cada uno.

D. Amb. De mí sé decir que al oirte me parecía que me oreaba una brisa de juventud, perfumada como si hubiera pasado por un campo lleno de flores. Yo siento que os ameis. Tu padre y el suyo no pueden verse ni en pintura, por que la pícara política—que es nuestra enfermedad nacional,—los ha hecho enemigos irreconciliables. Tu padre era aquí el cacique, pontífice máximo y czar de todas estas Rusias; él era un ricacho del pueblo—á quien sus padres pudieron dar una carrera,—que fué una vez alcalde, que tomó gusto á la vara, que sirvió á cierto personaje influyente—Dios mayor de la política,—que necesitaba constituirse un feudo —léase distrito—para su uso particular ó para el de sus hijos ó de sus yernos, á quien tu padre no quiso servir, y cátate á mi hombre convertido en señor feudal, por obra de aquel personaje, por gracia del diablo y por misericordia de Dios. ¡Qué más daba! Rodríguez ó Martínez I, *rex populorum Hispaniæ*. Tu padre contó con que á la caída de aquella situación volvería á ganar el feudo, pero no contó con la huéspeda, y la *huéspeda* fué

que aquel personaje influyente, aquél Dios mayor de la política, cuando iba á caer, dió una voltereta para caer en blando, y cayó de pie dentro de la situación que subía. Y mira por donde Rodríguez I, se afianzó en el trono de Vi la-España. Tu padre, que conba con dinero é influencia, no podía resignarse á tan injusto destronamiento, y, naturalmente, desde entonces ardió el pueblo en una que pudiéramos llamar «guerra de sucesión á la corona de Villa-España.»

JAC. Y habría un medio de que la «guerra de sucesión» terminara pronto y bien.

D. AMB. Casándote tú con Emilia. Algo así como «la fusión de las dos ramas». El matrimonio ha terminado muchas guerras. *Similia similibus curantur.*

JAC. El amor nos uniría; el odio nos separa.

D. AMB. Y comprendo que os améis. De no haber amado tú en Madrid, y de tener que amar aquí, ¿á quién podías amar si no á ella? Eso es lo que no te ha perdonado ninguna del pueblo. Educada ella en un colegio, lejos de esta atmósfera de odios y de rencores, superior por su educación á todas las del pueblo, con el aire de distinción que tú también habías adquirido en la Corte. y bella por añadidura, ¿en quién se iban á fijar tus ojos? Pues vuelve la oración por pasiva y dime ¿en quién se iban á fijar los suyos? Erais dos espíritus superiores, y fuisteis el uno al otro; que las almas tienen también su centro de gravedad como los cuerpos. (Se oye el silbato de la locomotora que anuncia la llegada del tren.) Ya tenemos ahí el tren.

JAC. Y el *diputadito.*

D. AMB. Retírate y sé prudente, que ya es bastante imprudencia poneros á hablar por la reja en pleno día y casi en la plaza pública.

JAC. Sí, señor; pero...

D. AMB. Ya sé que estáis exentos de responsabilidad. El amor es una locura *per se*... y *per accidens.*

(Jacobo sale por la primera boca-calle. Se oye música amortiguada y rumor de vivas.)

ESCENA XVI

DON AMBROSIO en la plaza, EMILIA, GREGORIA y FILOMENA en el balcón de la casa de don Manuel. JUANA, asomada á la reja que da á la plaza

GREG. ¿Qué tienes, Emilia?
EMIL. Nada.
GREG. Parece que estás mustia, triste.
EMIL. No, señora.
FIL. Estará enamorada.
EMIL. ¿Yo? (Vuelve á oirse el silbido y el ruido del tren que parte. La música y el rumor de vivas, siguen oyéndose más cerca, y de cuando en cuando disparos de cohetes. Suena un repique de campanas.)
GREG. Ahora entran en el pueblo.
EMIL. Sí.
GREG. ¡Vamos, hija, anímate, que no está bien que recibas con esa cara á tus huéspedes!
EMIL. Sin necesidad de ensayar falsas sonrisas, ya los recibiré como cumple á mi educación. ¡Ah, don Ambrosio! ¿No quiere usted subir?
D. AMB. Ya subiré después. Muchas gracias. Soy muy torero. Me gusta ver los toros desde el redondel. ¡Y valga la comparación, por estar en España, aunque sea de mal gusto!
GREG. Ya vamos á conocer al candidato.
D. AMB. Por conocido. Más joven ó más viejo, será como todos, con raras excepciones.
GREG. ¡Yo desde luego lo prefiero al padre!
FIL. ¡Y yo!
GREG. Los jóvenes tienen más actividad. Para mí la actividad es lo primero que ha de tener un hombre. No me gustan los hombres de peso.
FIL. Son muy pesados.
GREG. Mira, ya se les vé. No parece mal tipo el candidato. Tiene un aire muy distinguido.
FIL. Es soltero, ¿verdad?
EMIL. Creo que sí.
FIL. A ver si le gustas.
EMIL. Me es igual gustarle ó no gustarle.

FIL. ¡Pues no sería mal partido!

EMIL. No; un partido... político.

GREG. Mira; Bermúdez al lado de tu hermano. Ya nos ha visto... ¡Bien venido! (Saludándole expresivamente, así como Filomena. Emilia le saluda con una ligera inclinación de cabeza. Durante esta escena no habrán cesado los estampidos de los cohetes, el repique de campanas, y cada vez más cerca, la música y los vivas.)

ESCENA XVII

TODOS menos JACOBO

HOM. 1.º ¡Viva el candidato!

PUEBLO ¡Vivaaa!

HOM. 1.º ¡Viva don Manuel!

PUEBLO ¡Vivaaa!

HOM. 1.º ¡Viva el señor Alcalde!...

PUEBLO ¡Vivaaa! (Gregoria y Filomena agitan los pañuelos.)

D. AMB. (Señalando el cuadro, que queda encomendado al director de escena, y que ha de aproximarse todo lo posible á la realidad.) ¡La soberanía Nacional! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de don Manuel. Puerta al fondo y cuatro laterales. La primera de la derecha figura dar al despacho. La segunda conduce á las habitaciones de los huéspedes. Las de la izquierda á las habitaciones de Emilia y otras de la casa.

ESCENA PRIMERA

DON MANUEL y GARCÍA, por la puerta del despacho

D. MAN. ¡Nada, hombre, nada! No se preocupe usted por tan poco.

GARCÍA ¡Cuando yo le decía á usted que el tal expediente podía quitarnos el sueño!

D. MAN. ¡Bah! Duerma usted tranquilo, que ya haremos también que ese expediente duerma tranquilo el sueño de los justos... y de los injustos.

GARCÍA No es que yo me haya asustado al recibir esa comunicación; pero el alcalde está desde esta mañana que no le llega la camisa al cuerpo, y...

D. MAN. Para eso es alcalde. ¿Qué quería? ¿Estar á las maduras? Apenas le ha mojado el agua los piés, y ya está temblando de frío. ¡Qué haría si se viese con el agua al cuello! ¡Pues yo no quiero cobardes á mi lado!

GARCÍA No, no; la cosa es fea de veras. ¡Eso de que, existiendo fundación tan piadosa y tan benéfica, los labradores tengan que echarse

en brazos de la usura, y los pobres de Villa-España no cuenten con el pan seguro el día de Nochebuena!...

D. MAN. ¡Qué piadoso y qué benéfico se ha vuelto usted!

GARCÍA Y, sobre todo, ¡eso de cometer falsedades en un expediente, y de dar fe de lo que no existe!...

D. MAN. No sería la primera vez.

GARCÍA Pero no como ahora. A mí no me extraña que el alcalde esté asustado. Porque es lo que él dice: «¡Verse uno metido en una cosa tan fea, sin comerlo ni beberlo!»

D. MAN. Eso... ¿lo dice él, ó lo dice usted?

GARCÍA Lo dice él.

D. MAN. Pues dígale usted de mi parte, que por lo comido y por lo bebido; que cuando él se pone á comer y á beber, bien anchas tiene las tragaderas; que no me venga con remilgos de monja ni con pudibundeces de doncella; que le tengo cogido... y que si le suelto... ¡no va á ser gachapazo el que se vá á llevar! A usted no tengo que decirle nada... porque usted tiene mucho más talento y es más valiente que el alcalde.

GARCÍA Sí, pero ahora el tiro va derecho. Martínez ha puesto la pólvora.

D. MAN. ¡Gana tiene de gastar la pólvora en salvas!

GARCÍA Porque lo peor de todo es que el hecho llegue á ser del dominio público. Ya ha insinuado la cosa—despertando la curiosidad—*El Eco de Villa-España*, que recibe, como usted sabe, las inspiraciones de Martínez; y, según mis noticias, hoy se repartirá por todo el distrito un número extraordinario, en que se hace la historia del asunto, sin omitir detalles y sin callar nombres, con el sano propósito de que el mal efecto influya en el resultado de la elección.

D. MAN. Sí, ¿eh? Váyase usted tranquilo á su Ayuntamiento á caldearme el horno para mañana. Hay que ganar la elección, cueste lo que cueste, sea preciso lo que sea preciso. Carta blanca. Poderes para todo. Se decla-

ran en suspenso las garantías constitucionales.

GARCÍA No tiene usted nada que decirme.

D. MAN. Pero al alcalde no se olvide usted de darle ese recadito... de atención. Y no le desvele á usted eso del «Pósito...» En último extremo, ya parecerán ese capital y esos intereses; no faltará de dónde sacarlos.

GARCÍA Eso sería lo mejor.

D. MAN. Como es lo mejor, se deja para lo último.

ESCENA II

DICHOS, DON AMBROSIO, PACO y BERMÚDEZ

GARCÍA (Desde la puerta.) Aquí tiene usted á sus huéspedes y á don Ambrosio.

D. AMB. Por una casualidad dichosa para mí.

BERM. Dichosa para nosotros.

D. AMB. Me encontré á estos señores cerca de la estación: les dije que venía á su casa de usted á ver á una de las criadas, que estaba un poco mala—según el aviso—y fueron tan amables que me acompañaron. ¿Qué es ello?

D. MAN. Lo de siempre: que la Norberta...

GARCÍA (A Paco, siguiendo la conversación.) ¡Muy bonito discurso el de anoche, señor diputado!

PACO Hasta mañana...

GARCÍA Por las vísperas se sacan los santos.

D. AMB. Y ya han tocado á vísperas en algunas espaldas. ¿Vamos á ver á la enferma?

D. MAN. Vamos.

D. AMB. Hasta ahora.

D. MAN. En seguida volvemos. No me entretengan ustedes á García, que tiene que trabajar mucho.

GARCÍA No, no; ya me voy. Hasta otro rato.

ESCENA III

PACO y BERMÚDEZ

BERM. Puedes considerarte diputado. ¡Un hombre importante! ¡Un legislador!

PACO ¡Mira que haciendo leyes, yo, que acabo de estudiarlas... que no las he estudiado en la Universidad!

BERM. ¿Y qué? Ya te las darán hechas; tú con votarlas...

PACO Eso ya no me satisface. Ayer era un chiquillo, y hoy...

BERM. Sí; te has avispado mucho en poco tiempo.

PACO La experiencia.

BERM. De un mes. No hace un mes que llegamos...

PACO Y de un día y de una hora y de un minuto. En un minuto se aprende á veces más que en muchos años. La cuestión es fijarse. Para saber hay que estudiar.

BERM. ¡Pues á buena hora vas á ser aplicado!

PACO Cuando más lo necesito. Ahora empiezo á vivir, y ahora me doy cuenta de que para vivir es necesario estudiar los hombres y las cosas. Porque podré ser licenciado en derecho sin saber leyes, pero no podré ser abogado; podré tener bigote, y aun barba, pero no ser un hombre; y eso es lo yo quiero ser: un hombre. Si no soy un abogado, nadie me encargará sus pleitos.

BERM. Y si te los encarga, los perderá.

PACO Y si no los necesito para vivir, me importará poco. Pero si no soy un hombre, perderé yo mismo en todas las instancias el pleito de mi personalidad... y eso ya me importa mucho.

BERM. ¡Pues señor, si te oyera tu padre no te conocía! Has tomado en serio tu papel y lo estás representando á las mil maravillas. Ya no falta sino que tomes también en serio tu matrimonio.

PACO Más en serio que lo otro. Es más serio casarse que ser diputado.

BERM. Sí; por lo menos el diputado sólo se casa por cinco legislaturas y tiene muchas probabilidades de quedarse viudo al año; el cargo de marido puede ser vitalicio y durar legislaturas y legislaturas... de la mujer, con mandato imperativo.

PACO Lo cierto es que Emilia me gusta mucho.

BERM. ¿No te lo decíamos tu padre y yo?

PACO Sí; mas yo creía que me lo decíais por animarme. Aunque me la pintábais con tan bellos colores, yo me la figuraba una señorita de pueblo, limpia, fresca, colorada como una manzana, exuberante, reventando de salud, como una granada de madura...

BERM. ¡Y te encontraste con una señorita fina y delicada, como la más fina y delicada madrileña; mujer igualmente grata á los sentidos que al espíritu; con las verdaderas proporciones artísticas de la diosa, más que de la mujer!

PACO Sí.

BERM. ¿Y te gusta?

PACO ¡Naturalmente!

BERM. Pues no tienes más que abrir los labios y tu boca será servida. Tu posición es más firme de lo que supones. Creo conveniente que lo sepas á estas alturas, porque eso te infundirá confianza y te dará alientos. Don Manuel está en autos, pero de acuerdo con tu padre, finge no estarlo, para que la cosa parezca más espontánea.

PACO ¿Que don Manuel está en autos?

BERM. Está en estos autos, como pudiera estar en otros si tu padre no lo evitara.

PACO Será por causas...

BERM. Por causas...

PACO ¿Políticas?

BERM. Políticas... hasta cierto punto. También creo conveniente que conozcas un poco la tierra que pisas. Don Manuel es un hombre que no parece lo que es, que no es lo que parece. En su vida hay muchas vueltas y revuel-

tas, como en camino tortuoso. En su historia política, muchos chanchullos, muchos enredos, muchas infamias; páginas con manchas acuosas: de lágrimas; páginas con manchas rojizas: de sangre. La política ha pasado muchas veces la esponja de la impunidad por esas manchas: el tiempo ha pasado también por ellas la esponja del olvido .. y la historia de don Manuel es un libro manchado por el polvo y por la lluvia, cuyas páginas aparecen borrosas como si se hubiera corrido la tinta.

PACO ¿De vergüenza?

BERM. Eso diría quien fuese aficionado á hacer frases. La tinta no se *corre por eso;* corre *para eso.* Y voy al grano. Tu futuro suegro tiene todavía sin borrar—que yo sepa—dos ó tres páginas de color muy vivo, y le interesa que se corra la tinta, para que no se lean. Hay que pasar la esponja. ¿Comprendes ahora su interés en que formes parte de su familia?

PACO ¡Sí!

BERM. El interés de tu padre en que don Manuel forme parte de la tuya, no necesita demostración. Eso representa una fortuna positiva, y un distrito seguro. Tú necesitas echar raíces, y la mejor manera de echar raíces es tener bienes raíces.

PACO Todo eso me importa poco.

BERM ¡Puede que seas capaz de estar enamorado de Emilia!

PACO No sé. Si estar enamorado es estar pensando siempre en una mujer, procurar serle agradable, y temer no conseguirlo... entonces estoy enamorado.

BERM. Lo estás, ó por lo menos estás en camino de estarlo. Ahora me explico la revolución que se ha operado en tu carácter, y tus deseos de ser un hombre.

PACO Me siento otro.

BERM. ¡Una idea hace una revolución en el mundo; un sentimiento hace un *noventa y tres* en el alma!

PACO ¡No lo digas en broma!

PERM. ¡No, ya sé que el amor!...

BACO ¿Lo has sentido?

BERM. Creo que no.

PACO Pues si no conoces la causa, mal puedes conocer los efectos.

BERM ¡Chico, chico... hasta sentencioso! Todavía va á hacer de tí el amor un padre misionero.

PACO Se contentará con hacerme la primera parte.

BERM. ¿Ingenioso también?

PACO ¡Qué quieres!

BERM. ¡Aun nos vas á resultar todo un carácter por la influencia del amor!

PACO Puede. Mi padre y tú os habeis acostumbrado á mirarme siempre como á un chiquillo incapaz de pensar... y hasta de sentir. Y cuando siento, y cuando pienso, me mirais asombrados, como diciendo: ¿Pero este chico es capaz de sentir y de pensar? ¿Pues qué, queréis que sea siempre el chiquillo aquél desmedrado, raquítico de cuerpo y pobre de espíritu? ¿Quereis que sea siempre el muchacho ligero, el estudiante poco aplicado, el joven frívolo é insustancial de cabeza huera y de corazón vacío?

BERM. No, no... Lo que me sorprende, y lo que le sorprenderá á tu padre, es la metamórfosis, casi de improviso, por obra de magia.

PACO Cuando he tenido ocasión para transformarme... Y tal vez tengas razón, cuando he sentido la influencia de algo que me ha hecho desear no parecer un chiquillo, y que me ha hecho pensar que á los veinticinco años estoy en el deber de ser un hombre.

BERM. Ya vuelven.

PACO Y Emilia con ellos. ¡Dime que no merece que se la quiera!

BERM. Sí, hombre, sí. ¡Tienes una suerte loca!

ESCENA IV

DICHOS, EMILIA, DON MANUEL y DON AMBROSIO

EMIL. ¿Dice usted que no cree que sea de cuidado?

D. AMB. No. En cuanto limpiemos esa máquina se pone en movimiento.

EMIL. Pronto han dado ustedes la vuelta.

PACO Pronto.

BERM. Paco... y yo, tenemos cariño á esta casa. Nos atraen sus amables dueños.

D. MAN. ¿No tenía usted que poner una receta?

D. AMB Sí.

D. MAN. Pues pase usted á mi despacho.

D. AMB. Con permiso de ustedes.

D. MAN. Vamos nosotros también, amigo Bermudez. Tengo que enseñarle á usted unos papeles...

BERM. Quédate, hombre, quédate. Si nos vamos para que te quedes. (A Paco que no se atreve á quedarse.)

ESCENA V

EMILIA y PACO

EMIL. Hasta después.

PACO ¿No quiere usted escucharme unos momentos?

EMIL. ¿Por qué no? (Se detiene.)

PACO Emilia... Confieso que no sé por donde empezar. Anoche en presencia de no se cuanta gente, mis palabras, buenas ó malas, salían á borbotones de mis labios, impulsadas, sin duda, por la fiebre de la política... Ahora, ante usted, ante una mujer sola, mis palabras apenas se atreven á salir de mi garganta, sin duda porque las impulsa un hálito más suave... acaso porque anhelan... acaso porque temen... ¿Qué me dice usted, Emilia?

EMIL. ¿Yo?... ¿De qué?

PACO Es verdad. Yo no la he preguntado á usted

nada... Emilia, hace un mes que llegué; de ese tiempo la mitad se ha perdido, para mi deseo de verla, en excursiones electorales por esos pueblos; la otra mitad se ha ganado para mis ojos. Hoy mi solo anhelo, mi mayor deseo, es que los suyos no me miren indiferentes, que su corazón responda al mío, que mi recuerdo halle lugar en su pensamiento! Y ahora, ¿qué me dice usted, Emilia?

EMIL. Nada.

PACO ¡Nada! Pero es que no cree usted en la sinceridad de mis palabras, es que duda usted de la verdad de mis sentimientos?

EMIL. Aunque creyera, aunque no dudara, no podría mandar á mi corazón. El amor no se impone por nadie, se impone por sí mismo. Y yo no le amo á usted.

PACO ¿Pero podrá usted llegar á amarme?

EMIL. No.

PACO ¿Es que tengo la desgracia de serle antipático, repulsivo?

EMIL. Puede un hombre ser simpático, agradable, hasta digno de que se le ame, y no ser amado.

PACO Hoy no seré amado, pero mañana...

EMIL. Ni mañana...

PACO ¿Por qué, Emilia?

EMIL. ¿Por qué?... Aparte de algo más poderoso que todas las razones; de algo que se siente ó no siente, que se inspira ó no se inspira, en este caso, habría otras razones, también muy poderosas, para que yo—aun estimando y agradeciendo mucho el favor que usted me dispensa al dirigirse á mí,—no aceptara un amor... que podrá usted sentir... pero del que yo tendría que dudar.

PACO ¿Por qué? ¿No es usted lo suficientemente bella para inspirarlo; más que suficientemente digna para merecerlo?

EMIL. A lo menos, siendo como soy, pensando como pienso, me estimaría lo bastante, por poco que valiese, para no prestarme á ser nunca, abrigando esa duda, mujer que se toma con indiferencia, no esposa que se recibe con amor.

PACO ¡Ah! ¿Quiere usted una prueba de mi lealtad, Emilia? No niego que en Madrid se me dijera:—«Fíjate en la hija de D. Manuel, te conviene»—aunque si niego que yo formara propósito deliberado de fijarme. Pero llegué, la ví, y me fijé tanto en la hija de D. Manuel... que la gravé en mi alma; no como Emilia Rodríguez, como Emilia, porque ese era su nombre de usted. ¿Fué suerte? ¿Fué desgracia? No sé... Aunque yo hubiese abrigado los propósitos que se me atribuyen, si por eso no me amase usted, bien se habría vengado su dignidad de mis propósitos.

EMIL. Es inútil que trate usted de convencerme.

PACO Para mí es necesario que usted se convenza. ¡La quiero á usted mucho, Emilia!... Usted no lo creerá... pero es usted mi primer amor... Yo no he sentido nunca al lado de ninguna mujer lo que ahora siento; yo no he temblado nunca de emoción al lado de ninguna mujer como ahora tiemblo. Yo no he sabido nunca lo que era el amor hasta que la he visto á usted!...

EMIL. ¡No se fije usted en mí; yo se lo suplico! ¡No sabe usted el favor tan inmenso que tendrá que deberle esta mujer! ¡Ya, sin que usted se fijase en ella, acaso fuera desgraciada!... Fijándose usted en ella, será desgraciada seguramente!

PACO ¡Oh, no tema usted!... ¡Muy feliz á mi lado!...

EMIL. ¡Si no es eso! ¡Si no es eso!...

PACO ¿Pues qué es?

EMIL. ¡Nada!... ¡Nada!...

PACO ¿Es que ama usted á otro hombre?

EMIL. ¡Oh¡... ¡no!

PACO Entonces, ¿por qué no ha de amarme usted á mí?

EMIL. Porque no puedo... Y no me pregunte usted más. No puedo... ¡Olvídeme usted, si es que me recuerda; no me ame usted si es que ama!... ¡Conténtese usted con ser diputado!... ¡No contribuya usted á la desgracia de la pobre Emilia!

ESCENA VI

PACO y BERMUDEZ

BERM. No te embobes... ¿Le has declarado ya tu atrevido... tu cobarde pensamiento?

PACO Sí.

BERM. ¿Y qué tal?

PACO No sé.

BERM. ¡Pero hombre!

PACO No sé si me rechaza, porque duda de mi amor ó si me rechaza sencillamente. Quiere... y hace bien, ser amada por ella.

BERM. Todas las mujeras quieren ser amadas por ellas. Emilia es muy discreta. ¿Cómo querías que te aceptase á las primeras de cambio? Insiste.

PACO Insistiré. No podría dejar de insistir.

BERM. Todo eso es para convencerse y para interesarte. Lo fácil no interesa.

PACO Tienes razón.

BERM. Pero aprovecha el tiempo. Gana el que has perdido lastimosamente en contemplaciones. Con las mujeres déjate de contemplaciones. Mañana es la elección, y, acabado el pretexto, no podremos prolongar nuestra estancia en este pueblo, ni decorosamente nuestra permanencia en esta casa. A lo sumo podremos estar aquí hasta que se verifique el escrutinio general, cediendo á las instancias de don Manuel. Y es preciso que cuando nos marchemos estés ya en relaciones con Emilia.

PACO ¿Y si ama á otro? ¡La sola idea de que pueda amar á otro hombre ya me está torturando, y!...

BERM. Pero, ¿Emilia te ha dado á entender?...

PACO ¡Qué sé yo!

BERM. ¡La «Boticaria» y la »Secretaria»!... ¡Huyamos! Porque Dios nos ampare si nos cogen por su cuenta.

ESCENA VII

GREGORIA, FILOMENA y JUANA

JUANA — Asiéntensen ustés. Voy á ver ande está la señorita. Como la Norberta está mala, y he visto entrar á D. Ambrosio, pué que esté...

GREG. — ¿Qué tiene la Norberta?

JUANA — ¿Qué ha de tener? Que come como un animal, mejorando lo presente.

FIL. — ¡Que animal!

GREG. — ¡Mejorándote tú!...

JUANA — Tamién. El día que menos se piense tié un cólico tan cerrao que no va á poer abrirlo naide. Uno de esos que dicen del... «miserere.»

GREG. — Como mi marido.

JUANA — Pero á don Pepito le luce lo que come.

GREG. — Demasiado.

JUANA — ¡Vaya si le luce! ¡No quisiá yo más que poer matar un gorrino así toos los años!... ¡Y ustés perdonen!

FIL. — No hay de qué.

JUANA — Así de gordo... vamos al decir, que no he querío agraviar á don Pepito.

GREG. — Bueno, bueno: pasa ya recado á tu señorita

ESCENA VIII

GREGORIA, FILOMENA, DON MANUEL y DON AMBROSIO

D. AMB. — Ya sabe usted. La mitad de la fórmula, cuando la traigan; la otra mitad á la hora. Dieta absoluta hasta que yo vuelva... Y nada más.

D. MAN. — Perfectamente. ¡Ah! (Viendo á Gregoria y á Filomena, y saludándolas,)

GREG. — Muy buenos días.

FIL. — Felices.

D. AMB. — ¡Ustedes por aquí!...

D. MAN. — ¿Sabe Emilia?...

GREG. Ahora ha entrado Juana...

D. AMB. ¿Y mi complemento... y el de usted?

GREG. ¡Ah! ¿Mi marido? De usted podrá ser complemento; para mí resulta suplemento. En su farmacia.

D. AMB. ¿Molido? digo, ¿moliendo?

GREG. Moliendo ha estado toda la mañana.

D. AMB. Entonces dije bien: molido.

D. MAN. ¿No se sientan ustedes?

FIL. ¿Usted ya estará harto de nosotras?

D. MAN. ¡Oh!

D. AMB. En un pueblo no nos contentamos con estar satisfechos unos de otros; estamos hartos, que es más.

GREG. Nunca se harta uno de ver á las personas agradables.

FIL. Nosotras no podemos pasar cerca de esta casa sin entrar á ver á Emilia... Yo la quiero mucho.

GREG. Y yo.

D. AMB. Y yo.

FIL. ¡Es tan simpática, y tan distinguida, y tan elegante!

D. AMB. Y tan buena—eso lo primero—y tan guapa—eso lo segundo.

FIL Y luego, hija de don Manuel.

D. AMB. Eso es para mí la último. Lo mismo valdría aunque fuera hija de «Perico el de los Palotes.»

GREG. Intrínsecamente; pero, ¿extrínsecamente?

D. AMB. Secamente.

FIL. A mí no me extraña que tenga el partido que tiene.

GREG. Ni á mí.

D. AMB. Ni á mí.

GREG. Con todas las situaciones.

FIL. ¡Ya lo creo! El «diputadito» ministerial: Jacobo Martínez, de oposición.

D. MAN. ¡Jacobo Martínez!

FIL. ¡Ah! Pero usted no sabía...

GREG. Pues, hay quien dice...

D. MAN. ¿Qué?

GREG. Nada... ¡Ay, Filo, creo que hemos cometido una ligereza!

D. AMB. No es esa la palabra.

FIL. ¿Una indiscreción?

D. AMB. Tampoco es esa la palabra.

D. MAN. Bueno, bueno; ¿qué es lo que se dice?

D. AMB. ¡Se dicen tantas cosas que no debieran decirse!...

D. MAN. ¡A mí debe decírseme todo!

D. AMB. ¡Bien; pues que se lo digan á usted todo; que no le dirán ninguna cosa del otro mundo... y preferible es la verdad desnuda á la reticencia más vestida!

D. MAN. Ya había llegado á mis oídos ese run run; pero no le había dado importancia. Vamos, ¿qué se dice? Que Jacobo Martínez hace el amor á mi hija... que ronda mi casa... que habrá escrito alguna cartita?... y ¿qué más? ¿qué más?

FIL. Que Emilia le corresponde.

GREG. Que se entienden hace mucho tiempo.

D. MAN. Y ¿nada más?

D. AMB. Nada más.

D. MAN. No se lo pregunto á usted.

FIL. Y que Jacobo Martínez... —y esto sí que debemos decírselo á usted por si fuese verdad—que Jacobo Martínez se ha puesto en relaciones con Emilia, para burlarse de ella y de usted.

D. MAN. ¡Oh!

D. AMB. ¡Eso si que ya no se lo consiento á ustedes! Jacobo es incapaz de infamia semejante! ¡Y quien lo haya inventado y quien lo haya dicho, miente! Así, con todas sus letras: ¡miente!... ¡Díganselo ustedes de mi parte! ¿Quién cree eso? ¡Ni usted mismo lo cere! Haría usted muy poco favor á su hija si lo creyera!... Y perdonen ustedes este arrebato hijo de mi indignación.

GREG. Nosotras no lo hemos inventado.

FIL. Y las intenciones no salen á la cara.

D. AMB. ¡Lástima que no salgan en forma de lobanillos siquiera como huevos de paloma!

ESCENA IX

DICHOS y JUANA

JUANA Que pasen ustés.
GREG. Cuando quieras, Filo.
FIL. Vamos. Hasta ahora.
GREG. Hasta luego.
D. MAN. Hasta luego.
D. AMB. Permítame usted. (A don Manuel, quitándole la receta que habrá tenido en la mano y que estará arrugando nerviosamente.) Mira, Juana, llégate á la botica con esta receta.
JUANA ¿Hace falta casco?
D. AMB. Sí; pero allí te lo darán. Lo que sobran en aquella casa son cascos vacíos.
GREG. (Desde la puerta.) No lo diga usted con segunda.
D. AMB. ¡Ni que fueran ustedes de vidrio!

ESCENA X

DON MANUEL y DON AMBROSIO

D. MAN. ¿Conque mi hija y el hijo de Martínez!...
D. AMB. ¿Se aman? Sí, señor. Alguna vez había usted de saberlo.
D. MAN. ¡Nunca lo hubiera creído!
D. AMB. Pues es la cosa más natural del mundo!
D. MAN. ¿Más natural?...
D. AMB. Sí. Coja usted un hombre y una mujer, jóvenes, llenos de vida, superiores y cultos, de la raza blanca del espíritu; y, de un país civilizado, llévelos usted á una isla desierta, ó habitada por negros .. que no sean antropófagos. Y diciéndoles:—«Sois hijos de padres que se odian, y debeis odiaros, aunque no esteis hechos para el odio»—deje usted aquel hombre y aquella mujer en la isla desierta,—que de todos modos desierta estaría para ellos,—poniendo en sus memo-

rias, y aun en sus corazones, si usted quiere, todo el odio que á usted se le antoje; dese usted una vueltecita por la isla al poco tiempo, y se encontrará usted *velis nolis* convertido el odio en amor, y la humana pareja en pareja amartelada... Y si tarda usted mucho, verá usted también en la isla angelotes sin alas, blancos y regordetes, que triscarán como los cabritillos y que trinarán como los pájaros.

D. MAN. ¿Ha concluido usted ya?

D. AMB. No, señor. Lo dicho no es más que la *filosofía de la historia.* La historia tiene dos partes. Primera parte. Lugar de la acción: una de las antiguas ciudades de la moderna Italia: Verona. Epoca: uno de los siglos medios. Personajes en torno de los cuales gira la acción: Romeo y Julieta. Era Romeo un gallardo mozo, hijo y esperanza de una de las más nobles familias de Verona: la de Montesco. Era Julieta una hermosa doncella, hija y encanto de otra de las más ilustres familias de la misma ciudad: la de Capuleto. Capuletos y Montescos se odiaban; eran rivales por cuál de las dos familias había de ejercer el predominio en la ciudad, que á lo mejor veía ensangrentadas sus calles por Capuletos y por Montescos. Pero sucedió que Romeo y Julieta se vieron y se amaron. El amor no les preguntó quiénes eran. El odio se lo hubiera preguntado. Julieta y Romeo se vieron y se amaron —á despecho del odio,—y ante Dios se desposaron en secreto. Mas el odio se vengó cruelmente, y Capuletos y Montescos, maldijeron sus odios junto á las tumbas de Romeo y Julieta. Segunda parte. Ponga usted «Villa-España» donde dice «Verona;» «Rodriguez» y «Martínez» donde «Capuletos y Montescos;» «Emilia» y «Jacobo» donde «Julieta» y «Romeo,» y tendrá usted la segunda parte, menos el final. ¿Cuál será ese final?... ¡Dios lo sabe! ¡Siempre el odio separando las familias! ¡Siempre el amor uniendo los corazones!

D. MAN. ¡Siempre la gente metiéndose en lo que no le importa!

D. AMB. Eso no lo dirá usted por mí; porque á mí me importa mucho la felicidad de Emilia... y la de Jacobo.

D. MAN. ¿Y usted qué tiene que ver?

D. AMB. Tengo. Usted olvida que llevo aquí treinta años... largos.—Parece mentira, ¿eh?—¿Usted no recuerda que Emilia y Jacobo fueron recibidos por mis brazos, antes que por los de nadie en este mundo, cuando se les ocurrió decir: «Aqui venimos y aquí estamos?»

D. MAN. ¿De modo que á usted le parecerán muy bien esos amoríos?

D. AMB. Esos amores. Muy bien... por ellos; muy mal, por ustedes.

D. MAN. ¡Pues á mí me parecen muy mal de todas maneras!

D. AMB. Sin razón y sin justicia.

D. MAN. Sin justicia y sin razón me lo parecen y ¡basta!

D. AMB. ¿Y qué va usted á hacer?

D. MAN. Lo primero evitar que mi hija y ese. . Jacobo se vean y se comuniquen.

D. AMB. Mientras haya luna—espejo de plata de los enamorados—se verán. Ya sé que no se verán; pero ellos creerán que se ven... La ilusión vé todo lo que quiere. Y se comunicarán.

D. MAN. ¡Yo le digo á usted que no!

D. AMB. ¡Yo le digo á usted que sí! ¡Vaya usted á cortar los hilos invisibles por donde se comunican los pensamientos!

D. MAN. Con tal de que no se comuniquen en la tierra, ¡que se comuniquen en la luna!

D. AMB. Se comunicarán en la tierra.

D. MAN. ¿Cómo?

D. AMB. No sé. Ellos lo sabrán.

D. MAN. ¿Piensa usted servirles de intermediario?

D. AMB. (Conteniéndose.) Me parece que yo no tengo cara de luna.

D. MAN. ¡Es que se lo prohibo á usted!

D. AMB. ¿Y quién es usted para prohibirme á mí lo que yo no me prohiba?

D. MAN. ¿Quién soy yo?

D. AMB. No quiere usted que se lo diga. Si usted quisiera, le diría que usted es un hombre acostumbrado á hacer aquí, y aun fuera de aquí, su santísima voluntad, con razón ó sin razón, con justicia ó sin justicia; un señor feudal soberbio, sin más ley que su antojo, y sin más freno que su capricho; un tirano en Villa-España... que me río yo del de Siracusa... hecho á mandar en todo, á pisotearlo todo, hombres y cosas; propiedades y sentimientos. En una palabra: «El amo del cotarro.»

D. MAN. ¡Me dice usted lo que nadie me diría... y le tolero á usted lo que no le toleraría á nadie!... ¡No sé por qué!

D. AMB. Yo sí. En primer lugar, por que allá en el fondo de su conciencia, se alza una voz, sin sonido, que le dice á usted que tengo razón; y en segundo lugar, porque me distingue usted,—y yo se lo agradezco infinito—mucho más que yo merezco.

D. MAN. Le debo á usted la vida de mi hija, y abusa usted olvidando que yo estoy acostumbrado á que se me tema.

D. AMB. No tengo nada que temer. Soy independiente.

D. MAN. ¿Independiente?

D. AMB. De carácter, que es la primer independencia. ¿La titular? ¡Bah! ¡El mundo es muy grande! Si dispone usted de ella, acaso tengan que agradecérselo los enfermos de esta Villa. Aquí estoy porque aquí me dejó la riada: si me lleva otra vez la riada, iré donde me lleve. No tengo—por mi desgracia—ni afectos íntimos que me aten, ni—por mi fortuna.—compromisos que me encadenen; soy libre como el pájaro, y, aunque sin alas, no dejaría de encontrar en todo el mundo, un pedazo de pan para mitigar mi hambre, y un trago de agua para aplacar mi sed.

D. MAN. ¡No se trata de eso!

D. AMB. Por si acaso quiere usted tener en el feudo siervos del terruño nada más. Yo he nacido

libre. Concédame usted siquiera dignidad humana.

D. MAN. ¿Ya, qué remedio?... Lo que no sé es cómo le he tolerado á usted desde un principio.

D. AMB. Como se toleran algunos medicamentos: á pequeñas dósis.

D. MAN. Es que hoy se le ha ido á usted la mano.

D. AMB. Porque está usted peor. Hasta luego. Voy á continuar mi visita. Vea usted; dije que había nacido libre, y soy también esclavo: de mi deber. Una especie de siervo de la enfermedad; ese es mi terruño.

ESCENA XI

DON MANUEL, EMILIA, GREGORIA y FILOMENA

GREG. Adiós, queridá.

FIL. Ya sabes que se te quiere mucho.

EMIL. Ya lo sé.

GREG. Hasta luego, don Manuel.

FIL. Hasta la noche.

D. MAN. Hasta la noche.

GREG. (A Filomena antes de salir.) Ahora solo falta que nos encontremos *por casualidad* á Jacobo Martínez, y le soltemos la *píldora*.

FIL. ¿Lo del diputadito?

GREG. Y de seguro que tú no *dorabas la píldora*.

ESCENA XII

EMILIA y DON MANUEL

D. MAN. ¡Emilia!

EMIL. ¿Qué quieres, papá?

D. MAN. ¡Sé que estás en relaciones con Jacobo Martínez!... ¡Es inútil que lo niegues!

EMIL. No lo niego. Es verdad.

D. MAN. ¿Es verdad? ¡Pues ahora mismo vas á escribirle dando por terminadas esas relaciones! ¡Vamos á mi despacho para que escribas!

EMIL. No, papá.

D. MAN. ¡Qué! ¡Oh!... Pero, ¿tú pensaste alguna vez que yo pudiera consentir esos amores? ¿Tú has pensado eso?

EMIL. Yo no he pensado... he sentido.

D. MAN. Pues, ¡me opongo!—¿lo oyes?—¡me opongo!

EMIL. ¡Aunque yo me opusiese, le amaría!

D. MAN. Y ¿sabes si ese hombre te quiere de veras?

EMIL. Lo sé.

D. MAN. ¿Sabes si pretende burlarse de tí, para burlarse de mí?

EMIL. Es inútil, papá, es inútil que quieras despertar dudas en mi pensamiento, recelos en mi corazón. Jacobo me ama, como yo le amo. Estoy bien segura. ¡Si Jacobo me engaña, si Jacobo miente... entonces engaña todo... es mentira todo en el mundo... todo!

D. MAN. ¡Será mentira; pero eso se piensa; eso se dice!...

EMIL. ¡La envidia es la que lo piensa, y la que lo dice, y la que lo desea! ¡No te goces tú también en atormentarme!

D. MAN. ¿Y si fuera cierto?

EMIL. ¡No lo es!

D. MAN. ¿Y si lo fuese?

EMIL. ¡Si lo fuese... tu hija dudaría de todo... no creería en nada, sería un alma muerta! ¿Quieres así á tu hija? ¡Pues, entonces, que sea cierto lo que dices!

D. MAN. ¿Pero tanto quieres á ese hombre?

EMIL. Tanto.

D. MAN. ¡Oh! ¡No ha podido buscar mejor manera de vengarse de mí!

EMIL. ¿Que amándome?

D. MAN. ¡Y consiguiendo ser amado por mi hija, y desbaratarde ese modo todos mis planes! ¡Yo he prometido ya tu mano!... ¡Yo he dado ya mi palabra!

EMIL. Yo también he dado la mía.

D. MAN. ¡Sin contar conmigo!

EMIL. ¿Cómo querías que contase contigo? Tú también la diste sin contar conmigo. Y yo podía darla, porque al darla, la daba con todo mi corazón; tú no podias darla...

D. MAN. ¡Emilia!

EMIL. ¡Tú podías... tú puedes disponer de mi corazón, para tí, no para darlo á nadie!

D. MAN. ¡Nunca te has atrevido á hablarme de esa manera!

EMIL. Porque nunca has exigido de mí lo que hoy exiges... Perdona que te hable de ese modo. ¡Defiendo mi vida... la vida de mi alma!

D. MAN. ¡Yo también defiendo con el enlace que te propongo, algo que puede importarme tanto como la vida!... ¡Mi posición... mi fortuna... mi nombre!

EMIL. ¡Pero que todo has de sacrificarlo á la política! ¿Qué te importa la política?

D. MAN. ¿Qué me importa?... ¡Tú no puedes comprenderlo! ¡Es una pasión como otra cualquiera... no... más honda, más arraigada, más absorbente, más dominante que otra cualquiera, porque es un conjunto de muchas pasiones!

EMIL. ¡Por intensa que sea, no puede ser de tal naturaleza que seque todo sentimiento... que ahogue todo amor... hasta el de padre, que es un amor casi divino! ¡La política será tu pasión... una pasión todo lo absorvente que tú quieras... pero yo soy tu hija... sér de tu sér... sangre de tu sangre... vida de tu vida!

D. MAN. ¡Por que eres todo eso, es por lo que me opongo á esos amores!... ¡Y mientras estés bajo mi potestad, mientras yo mande en tí... mientras yo viva—¡óyelo bien!—mientras yo viva no te casarás con ese hombre!

EMIL. ¡No podrás impedirlo!

D. MAN. ¡Olvidas quien soy!... ¡Lo que yo puedo! (Amenazador.)

EMIL. (Rompiendo á llorar.) ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío! ¡Quise resistir y resistí—ya lo viste—firme y entera... ¡Resisto... pero—ya lo ves—resisto llorando! Pero... ¡por estas lágrimas... por la memoria de la santa mujer que fué tu esposa... por la memoria bendita de mi madre... no mates en tu hija las ilusiones del presente, las esperanzas del porvenir! Yo te lo ruego... yo te lo rogaré de

rodillas, (Arrojándose á los pies de su padre y ahogada por las lágrimas.) en señal de respeto y de veneración!... Toma mi vida... arráncame la existencia... pero mientras viva, mientras aliente, aunque cayendo de rodillas, tengo que decirte: ¡Le amo, padre mío, le amo con toda mi alma!

D. MAN. ¡Me parece imposible no haberte trasmitido con la vida,—siendo tanto—el odio que siento! ¡Porque yo siento circular el odio por mi sangre!

EMIL. ¡Me dió vida el amor, el odio no dá vida! ¡No te acuerdes del odio, ni de tu enemigo; acuérdate sólo de tu hija; no mires fuera de tu casa; mira á tu hogar; vuelve los ojos al pasado, y verás una niña que parece que baja del cielo, como todos los niños, perdiendo las alas al llegar á tus brazos; una niña que vas acariciando conforme vá creciendo; que llena de alegría tu casa, y de amor inmenso tu corazón, que es tu dicha, tu encanto; á la que quieres con toda tu alma—¡dejarías de ser padre si no la quisieras!—á la que velas en sus enfermedades, temiendo que con aquella vida se escape la tuya...

D. MAN. Bien; sí...

EMIL. ¡Desanda los años; sigue mirando conmigo á través del tiempo, y en el cristal de tu memoria, y ante los ojos de tu alma, se reflejarán todas aquellas imágenes y se reproducirán todos aquellos cuadros, tristes ó alegres, que constituyen el tejido de nuestra vida!... ¡Y entre todas aquellas imágenes, entre todos aquellos cuadros, se destacarán, con su infinita, grandeza y con su tristeza infinita, aquella santa figura de mi madre y aquel santo momento de su muerte!

D. MAN. ¡Calla!

EMIL. Recuerdas que yo lloraba sin consuelo, y que me cojiste entre tus brazos, y que me dijiste con voz llena de lágrimas: «¡Hija mía, hija de mi alma, no llores, no llores tanto, que no estás sola en el mundo! ¡Tienes á tu

padre, que procurará con su cariño que nunca eches de menos el de la santa madre que has perdido!...» Eso me dijiste, dándome un abrazo mucho más estrecho y un beso mucho más apretado!... ¡Y recuerdo que en aquel instante, un rayo de sol, entrándose por la ventana, vino á posarse sobre nuestras cabezas, como si viniera, por mandato del cielo, á sellar con su luz la promesa de amor que tú me hiciste!

D. MAN. ¡Bien!... ¡Bien!...

EMIL. ¡Y recuerdo que el rayo de sol se quebró en nuestras pupilas y tembló en nuestras lágrimas... que también en tus ojos había una gota de llanto!... ¡como esa .. como esa que en vano tratas de ocultar!...

D. MAN. ¡Oh, no, no! ¡Yo no he llorado! ¡Yo no lloro nunca!

EMIL. ¡No es posible!... ¡No es posible!

D. MAN. ¡Aparta! ¡Déjame!... ¡¡Te he dicho que me dejes!!

EMIL. ¡Madre mía! ¡¡Ay, madre mía!! (Vase llorando.)

ESCENA XIII

DON MANUEL

(Como vencido por el amor de su hija quiere llamarla, pero recobrándose, dice:) ¡No!... y ¡no¡... ¡¡y no!! (Ha vencido el odio. El actor interpretará este momento.)

ESCENA XIV

DON MANUEL y JUANA

JUANA (Entrando con la receta y el frasco de la medicina en la mano.) ¡Señor!...

D. MAN. ¿Qué ocurre?

JUANA ¡Ahí está!...

D. MAN. ¿Quién?

JUANA ¡El señorito Jacobo!

D. MAN. ¿Eh?

JUANA ¡Don Jacobo Martínez!

D. MAN. ¡Sí... sí!

JUANA ¡Se ha empeñao!... ¡Dice que nesecita hablar con usté!

D. MAN. ¿Para qué? ¡Dile que yo no necesito hablar con él! ¿A qué aguardas? ¡Díselo!

ESCENA XV

DICHOS y JACOBO

JAC. No hace falta. Ya lo ha oído.

D. MAN. ¡Oh!!..

JUANA ¡Dios mío! (Quedándose como petrificada.)

D. MAN. ¿Con qué permiso entra usted en mi casa?

JAC. Con el de usted. He supuesto que como persona bien educada no se negaría usted á concedérmelo. Si usted no necesita hablar conmigo, yo necesito hablar con usted... Y creo no ser ni un ladrón ni un asesino, para que se me cierren las puertas de ninguna casa, por muy honrada que sea. Por eso me he permitido entrar.

D MAN. ¡Para lo que no le asiste á usted ningún derecho!

JAC. Tal vez. Pero el *hecho* es que estoy aquí, y el hecho tiene algunas veces más fuerza que el derecho.

D. MAN. ¿Y si yo ordenase á mis criados que le arrojasen á usted?

JAC. Eso no lo hará usted... Se estima usted lo bastante para no pedir contra mí el auxilio de sus criados.

D. MAN. ¡Acabemos!

JAC. ¡Empecemos!

D. MAN. ¿Qué haces tú ahí?

JUANA ¿Yo? ¡Ná!

D. MAN. Pues, ¡vete!

JUANA ¡Sí, señor!... ¡Sí, señor!...

ESCENA XVI

DON MANUEL y JACOBO

JAC. Ante todo, no le extrañe á usted que venga un poco descompuesto... No obedezco á una reflexión; obedezco á un impulso. Me dieron una noticia que me llegó á lo vivo, y salí disparado, casi sin darme cuenta. Si alguien me hubiese detenido á la puerta de esta, diciéndome: «¿Dónde vas?» acaso no hubiera entrado... Como nadie me ha detenido, aquí estoy... ¡Y no me pesa!... ¡Yo soy de los hombres que afrontan cara á cara las situaciones!

D. MAN. ¡Y yo también!

JAC. Pues, hablemos.

D. MAN. Hablemos.

JAC. Supongo que ya sabrá usted que amo á su hija. Y lo supongo, porque no habrá faltado un alma caritativa que se lo haya dicho, como no han faltado almas piadosas que—con la *mejor intención*—hayan hecho llegar á mis oídos los propósitos de usted y de su huesped, el «diputadito.» Le llamaremos así, porque así le llaman en el pueblo.

D. MAN. En cuanto á lo primero, ¿qué culpa tengo yo de que se le haya ocurrido á usted enamorarse de mi hija? Respecto á lo segundo, no tengo que dar á usted ninguna clase de explicaciones.

JAC. Respecto á lo segundo... ya sé que no tiene usted que darme explicaciones, ni—hoy por hoy—el «diputadito»... El «diputadito,» acaso tenga que dármelas algún día, si yo se las pido.

D. MAN. ¡Se guardará usted muy bien!

JAC. Esa es cosa de que yo, á mi vez, no tendría que dar á usted ninguna clase de explicaciones. En cuanto á lo primero, yo tampoco tengo culpa de haberme enamorado de su hija de usted. Entró en mi corazón sin pe-

dirme permiso. Cuando quise saber quién era, ya había entrado. Y me pareció tan bella, tan angelical, que—le soy á usted franco,—aun sabiendo que era hija de usted, no hice nada por arrojarla... Antes hice por retenerla... Ella, por su parte, no hizo nada por salir... y aquí se quedó. ¡A ver, si usted—con todo su poder—puede arrancarla de mi corazón!

D. MAN. No lo intento siquiera. Del corazón de mi hija es de donde yo necesito arrancar á usted. Acaso no tenga usted en él raíces tan hondas como se figura.

JAC. ¡Acaso las tenga tan hondas y tan extendidas, que se lleve usted la tierra al tirar de a planta!

D. MAN. Ya separaré yo la tierra de la planta.

JAC. ¿Y si forman un todo inseparable?... Usted no sabe lo que ella me quiere; lo necesario que soy á su existencia; usted no sabe lo que yo la quiero; lo necesaria que es á mi vida!

D. MAN. Su vida de usted me importa poco.

JAC. ¿Pero la vida de su hija, creo que ya le importará á usted algo!

D. MAN. No será usted tan necesario á su vida. En eso del amor que inspiramos, entran por mucho las ilusiones que nos hacemos.

JAC. Serán ó no serán ilusiones; seré ó no seré necesario á su vida; lo cierto es que nos amamos... y ni ella está dispuesta á dejar que se la sacrifique á la política, ni yo estoy dispuesto á dejar que me la arrebaten.

D. MAN. Y ¿qué va usted á hacer?

JAC. ¡Defenderla!

D. MAN. ¿Contra quién?

JAC. ¡Contra todo el mundo!

D. MAN. ¿Contra mí?

JAC. ¡Contra usted!

D. MAN. ¿Cómo?

JAC. ¡Como el que defiende su vida! ¡Sin ceder... sin desmayar!... ¡Porque si se desmaya, se cae, y si se cae, se muere! Ya sé que contra usted tengo que defenderme á la desespera-

da, y con todas las armas. ¡A vida ó muerte! Acaso sea yo el primer hombre de empuje que se le haya puesto á usted delante en su camino, para decirle: — De aquí no se pasa!—

D. MAN. ¡Pasaré! ¿Quién es usted para ponérseme delante? Y ¡basta! Declarada la guerra, yo estoy en mis posiciones, en mi casa, en mi fuerte. Aunque entró usted aquí poco menos que por asalto, yo, que pude rechazar el asalto, por mi derecho y por mi fuerza, le he concedido á usted parlamento, y la persona del parlamentario es sagrada. Se acabó el parlamento. Vuelva usted á sus posiciones, ó tome las que pueda; que yo quedo en las mías, ó tomaré las que necesite. ¿Me declara usted la guerra? Mi temperamento es de lucha. ¡No sabe usted lo que yo me crezco en el combate! ¡Procure usted no estorbarme el paso, porque pasaré por encima de usted!

JAC. ¡Procure usted no tropezar conmigo, por si soy la piedra que le hace rodar por el suelo!

D. MAN. ¡Ya veremos quién es el que rueda de los dos! A la guerra se responde con la guerra... Y ¡no hablemos más!

JAC. ¡Ya me voy!... ¡Ya me voy! (Se dirige á la puerta, pero se detiene y vuelve.) ¡Oh!... Pero si yo no quiero declararle á usted la guerra; si yo vengo á ofrecerle á usted la paz! No vea usted en mí al hijo de su enemigo político y personal; no vea yo en usted al enemigo personal y político de mi padre... Vea usted en mí solamente un hombre honrado, que aunque se llama Jacobo Martínez, no participa de los odios de ustedes, porque habiendo vivido lejos de esta atmósfera, tiene la suerte ó de pensar más alto, ó de sentir más hondo. Vea yo nada más en usted al padre de la mujer que amo, sea usted quien sea, llámese como se llame... ¿Qué culpa tenemos los hijos, de que ustedes los padres se odien? Odiense ustedes... cácense ustedes en esas calles como si estuvieran en el Africa...

Hagan ustedes lo que quieran... pero ¡por Dios! á Emilia y á mí, déjennos ustedes seguir el camino del amor y no el del odio! Yo se lo ruego... yo se lo suplico á usted, por ella, por su hija, por mi Emilia!

D. MAN. Y por usted.

JAC. Y por mí... ¡Mire usted si la querré, que Jacobo Martínez ruega y suplica á don Manuel Rodríguez!...

D. MAN. Y ¡cuánto daría don Manuel Rodríguez por que todos vieran rogar y humillarse á Jacobo Martínez!

JAC. ¡Oh! ¡Es usted incapaz de sentir nada grande! ¡Al padre de Emilia le rogaba!... A don Manuel Rodríguez... ¡nunca! Y humillarme... ¡ni ante el padre de Emilia! ¿No quiere usted darme su hija? ¡La ley me la dará!

D. MAN. ¿La ley?...

JAC. Pero ¿es que se considera usted más fuerte que la ley? ¡Oh... no me extraña! Al peso del caciquismo los atributos de la justicia son espada que se quiebra, balanza que se inclina! Pero ¡oiga usted lo que le digo! ¡Emilia es mía... y será mía... ó no será de nadie! ¡Para que sea mía estoy resuelto á todo! ¡Calcule usted á lo que estaré resuelto para que no sea de otro hombre!

D. MAN. ¡Yo también estoy resuelto á todo para que no sea de usted! ¡Estoy deseando acabar con los Martínez de Villa-España! ¡Cómo he de consentir que retoñen en mi propia tierra! ¡Antes doy mi hija al más miserable!

JAC. ¡Oh!... ¡Mire usted que la paciencia tiene su límite... que el amor tiene su límite... que todo tiene su límite!

D. MAN. ¡Eso mismo le digo yo á usted!

JAC. ¡Pero no insulte usted mi nombre... no ofenda usted mi apellido... que sus palabras al salir de su boca y al vibrar en el aire, me han hecho el efecto de una víbora, que, entrándose por mis oídos, se enroscase á mi corazón!

D. MAN. Lo dicho. ¡Antes doy mi hija al más miserable!

JAC. (Dirigiéndose á don Manuel.) ¡Oh!

D. MAN. ¡Qué! (Disponiéndose á rechazar á Jacobo.)

JAC. (Conteniéndose.) ¡Es usted el padre de Emilia!

D. MAN. (Deponiendo su actitud.) ¡Está usted en mi casa!

ESCENA XVII

DICHOS y EMILIA

EMIL. ¡Papá! ¡Jacobo!

JAC. ¡Emilia!

D. MAN. ¿A qué vienes? ¿Quién te ha llamado? ¡Retírate!... ¡No has oído que te retires! (Sacudiéndola violentamente un brazo.)

JAC. ¡Oh! ¡No la toque usted!... ¡no la toque usted!... ¡que voy á olvidar que es usted su padre!... ¡Y al pensar que puede haber quien, con sus violencias, ponga mano irreverente sobre la imagen de mi amor, mi alma se subleva, y se indigna, y protesta, y mi corazón manda oleadas de sangre á mi cerebro, y de mi cerebro llegan por mis nervios sacudidas eléctricas á mis músculos!

D. MAN. ¡Y qué!

EMIL. ¡Por Dios, papá!... ¡Jacobo, Jacobo, que es mi padre!

JAC. ¡No temas, Emilia, no temas!... ¡Antes me ha contenido tu recuerdo!... ¡Mira si me contendrá tu presencia!

EMIL. ¡Vete, Jacobo, vete! ¡Yo te lo ruego! Me dió el sér y tiene derecho para mandarme. Soy su hija, y tengo el deber de obedecerle .. Pero... mientras estés aquí... no puedo obedecerle!

D. MAN. ¡Emilia!

EMIL. ¡No puedo... no debo marcharme! ¡Mi sitio es este... entre los dos... á ver si estando yo en medio os atreveis á llegar el uno al otro!... ¡Descargad en mi vuestras iras; descargad en mi corazón vuestros golpes... en mi corazón, que es vuestro, y que por vuestro podeis golpear sin que se queje!

D. MAN. ¿Acabará usted de marcharse?

ESCENA XVIII

DICHOS, PACO y BERMÚDEZ

PACO ¿Qué sucede?
BERM. Sí, ¿Qué?
D. MAN. ¡Nada!
JAC. ¡Nada... y mucho! Llega usted con toda oportunidad. ¡Estaba deseando encontrármele á usted!
PACO ¿A mí?
JAC. Sí, señor. Habrá usted oído hablar de los Martínez de Villa-España, mal seguramente...—¡Soy Jacobo Martínez! Ya sabe usted quien soy. Lo que usted no sabe—y quiero yo decírselo—es que amo á esta mujer... que esta mujer me ama!...
PACO Y BERM. ¡Emilia!
PACO ¿Emilia le ama á usted?
JAC. Creo que sí. ¡Y cómo usted no ha de renunciar á ella porque yo se lo exija!...
PACO Por eso ¡nunca!
JAC. ¡Quiero que sepa usted que estamos frente á frente!
PACO ¡Eso me importaría poco si Emilia me prefiriese!
D. MAN. ¡Fuera... fuera de aquí!... ¡Yo no permito que á usted le provoque nadie en mi casa!
PACO ¡Déjelo usted! ¡Me basto para defenderme!
EMIL. ¡Jacobo, por Dios!
JAC. ¡Si no le provoco!... ¡Le advierto... le advierto nada más!... Después, que haga lo quiera... pero que sepa que para llegar á Emilia tiene que encontrarse con Jacobo!... ¡Ya lo sabe! ¡Ya puedo irme tranquilo! ¡Adiós, Emilia! ¡Recuerda tus palabras... No olvides tus juramentos!... ¡Tu voluntad es soberana! ¡Cuento con tu voluntad!
D. MAN. ¡Yo cuento con la mía! (Cuadro y telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena aparece dividida. Dos terceras partes ó una mitad de ella, figura ser la habitación baja de casa de don Manuel, por una de cuyas rejas hablaron Emilia y Jacobo en el acto primero. La otra tercera parte ó mitad, figura ser la calle. Al fondo está la plaza. En la habitación hay dos grandes ventanas con rejas, una á la calle y otra á la plaza, y dos puertas en la lateral derecha del público; la primera por el fondo, figura dar al portal de la casa; la otra comunica á las habitaciones interiores. La estancia como pieza de confianza, en una casa rica de pueblo; más bien severa. Algún mueble antiguo. Un quinqué encendido.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ALGUACIL, MOZA 1.ª, HOMBRES 1.º y 2.º, Músicos, Mozos de la ronda, Mozas, Chiquillos y gente del pueblo, en la calle.—Al levantarse el telón toca la música y los mozos bailan con las mozas. Los chiquillos bailan ó alborotan. Cuadro animado. Poco después deja de tocar la música

MOZA 1.ª ¡Que no me arrempujes ni me pellizgues!

MOZO 1.º ¡Si son estos los que arrempujan!

MOZA 1.ª ¡Pero tú eres el que pellizgas!

MOZO 1.º ¡Pus si no he podío coger ná!

TODOS ¡Já, já, já!

ALG. ¡Que sus estís quietos; que naide pué meterse en los derechos endeviduales! El domecilio es inviolable, y tú te estas metiendo en el domecilio de esta.

MOZO 1.º ¡Pero si esta paece el galgo del tío Lucas; no la hacen ná, y ya está chillando!

ALG. Güeno, güeno. Pensé que era otra cosa. Tú, no la faltes... en público, y tú, no chilles por tan poco. Y andando ya, que lo manda don Manuel, y lo digo yo.

MOZO 2.º Pus amos de ronda por el pueblo. Echemos la última copla pá despedía.

ALG. No echís ná, no vayais á echar el vino con la copla.

MOZO 2.º ¿Ni los vivas tan siquiera?

ALG. Eso quea á vuestro arbitrio... municipal.

HOM. 1.º ¡Viva nuestro deputao!

TODOS ¡Vivaaaa!

HOM. 1.º ¡Viva don Manuel!

TODOS ¡Vivaaaa!

ESCENA II

DICHOS y TÍO ROQUE

TÍO ROQ. Eso... ¡viva, viva!

VARIOS ¡El tío Roque!

MOZO 1.º ¿Vié usté tamién á divertirse?

TÍO ROQ. ¿A divertirme?... Sí... ¡á divertirme! ¡Pué que esta noche me divierta yo más que tóos vosotros!

ALG. ¿Qué está usté rondando por aquí? ¡Esta no es hora de pedir limosna!

TÍO ROQ. No te las eches de autoriá... Tú eres un perro...

ALG. ¡Tío Roque!

TODOS ¡Já, já, já!

TÍO ROQ. Y me la dras al ver mis harapos.

ALG. ¡Yo soy un hombre... y un alguacil!

TÍO ROQ. ¡Ya lo he conocío en el respeto que te ha inspirao mi probeza!

HOM. 1.º Y nusotros semos hombres libres.

TÍO ROQ. ¡Tamién lo he conocío en los vivas que dabais! ¡Libres!... ¡Libres!... ¡Pá ser libre hay que morirse!

MOZO 1.º ¡Amos, Tío Roque, tome usté un trago pá que se le alegren las penas! (Ofreciéndole un vaso de vino que, llenándose de un jarro, irá corriendo de mano en mano y de mano á boca.)

TÍO ROQ. ¡Nunca!... Eso no es vino, eso no es sangre de la tierra, eso es sangre mía... y vuestra ¡Sus convían con vuestra propia sangre!

ALG. ¡Estando mi autoriá, naide le falta á don Manuel!... ¡Porque le prendo!

TÍO ROQ. ¡Ni que jueras el *Alcalde Ronquillo!*

ALG. ¿A que va usté á dormir á la cárcel?

TÍO ROQ. Mejor dormiría que en mi covacha.

ALG. ¡El topo á su abujero! ¡Largo, largo de aquí!

TÍO ROQ. ¡No me ladres... no me ladres tanto... y no me enseñes los dientes, que ya me voy!

ALG. ¡Que yo no soy perro!

TÍO ROQ. ¡Si semos hombres libres!... ¡Viva... viva la libertá!

ESCENA III

DICHOS menos el TÍO ROQUE

ALG. ¡No!... ¡Viva don Manuel!

TODOS ¡Vivaaa!

ALG. Y, ¡viva don Paco!

TODOS ¡Vivaaa!

ALG. ¡Y que rabie tóo el mundo!... Por cima de tóo ha salido deputao... Por cima de toas las costillas y de toas las cabezas... y de tóos los papeles... y de tóos los «*Ecos de Villa-España,*» y con más votos y más devotos que tié un santo milagroso... pá que rabien tóos los Martínez habíos y por haber.

UNOS ¡Eso!

OTROS. ¡Eso!

ALG. Y el que tenga la cabeza como sandía rajá, que se aplique un pegao.

HOM. 1.º Pá qué más pegao.

ALG. ¡Y el que tenga rompío un hueso, que se lo cuente al Nuncio!

HOM. 1.º Pá qué más anuncio.

ALG. ¡Y el que haiga pasao tóo el día en la cárcel, que acuda á Poncio Pilatos!

HOM. 1.º ¡Y la ná entre dos platos!

ALG. ¡Y si dicen que los collejos eletorales se han abrío á la hora que hemos querío, y se han

cerrao á la hora que se nos ha entojao, que lo digan! Y si dicen que á muchos eletores no se les ha dejao entrar á votar, y que otros han entrao tres ó cuatro veces, que lo digan; y si dicen que han votao los muertos, que lo digan; y si hay atas notariales, que las haiga; y si hay protestas, que las haiga... Lo mesmo ha de ser, digan lo que digan, haiga lo que haiga... Mejor; así se probará que ha habío lucha.

HOM. 1.º ¡Ya lo creo que ha habío lucha!

MOZO 1.º ¡Bien reñía ha sío la eleción... en las calles!

ALG. ¡Y pué que digan entoavía que ha sío á cencerros tapaos!... ¡Cencerros más desatapaos, y eleción más soná!...

ESCENA IV

DICHOS y JUANA en la habitación, asomándose á la reja que da á la calle.

JUANA ¡Eh, tú... alguacil!... Dice el Alcalde que vayas.

ALG. ¡El señor Alcalde!

JUANA Güeno, señor Alguacil.

ALG. Cá mochuelo á su olivo. Que me llama el señor Alcalde, que vosotros estáis mu cargaos, y que, faltando yo, se quea sin autoriá el desorden público. ¡Andando, andando!

MOZO 1.º ¿Y el que no puea andar?

ALG. ¡Que se amonte en sigo mesmo!

JUANA ¡Pus no habeis bebío ná, que digamos! ¡Si en tóos los destritos de España se ha bebío tanto, pa qué quié el vino más salía! (Todos van saliendo.)

ESCENA V

JUANA y ALGUACIL, en la casa.

ALG. (Entrando.) ¡Ni más entrá! Oye, Juana. ¿Entoavía están comiendo?

JUANA Están tomando café. Como la comía em-

prencipió tan tarde... Y eso que ya se tenía prepará...

ALG. ¡Claro! Como ya se sabía quien iba á salir deputao...

JUANA Pero entre que vié tóo lo prencipal de Villa España; entre que llega un propio de un pueblo con el ata; entre que si esto, entre que si lo otro... á las nueve y media aun no se habían asentao á la mesa.

ALG. Aunque jueran las diez, ¡diquiá las once y media!... ¿El Alcalde y el Secretario habrán comío á dos carrillos?

JUANA Como siempre.

ALG. ¡Pus el boticario no habrá engullío ná!

JUANA ¡Si esta noche no revienta no revienta nunca! ¡Lo que ha comío, y lo que ha bebío, y lo que ha reío! ¡Está más colorao que un pimiento de la Rioja! Don Ambrosio y don Aquilino han comío poco.

ALG. Pus el maestro, prencipalmente, bien poía haber sacao la tripa de mal año.

JUANA El deputaito no ha comío cuasi ná. A mí me paeció que estaba triste.

ALG. ¡Qué había de estar triste habiendo salío deputao!

JUANA La «Boticaria» y la «Secretaria» tan remilgosas... y tan envidiosas... y tan emperifollás.. y con tan mala entinción... Han comío poquito. Como si estuvián acostumbrás á comer así tóos los días.

ALG. Vaya, vaya, que me estoy entretuviendo más de lo debío. (Vase.)

ESCENA VI

JUANA en la casa. El TÍO ROQUE, que habrá estado durante la escena anterior acechando la ocasión de hablar á Juana, en la calle.

TÍO ROQ. ¡Juana!... ¡Juana!... (Llamándola por la reja.)

JUANA ¿Quién? ¡El tío Roque!

TÍO ROQ. ¡El tío Roque!...

JUANA ¿Quié usté una limosna?

TÍO ROQ. ¡No!... Oye... Aprosímate más. Vengo de parte de don Jacobo.

JUANA ¿De don Jacobo?

TÍO ROQ. Sí. Estaba yo acurrucao en mi madriguera, cuando, cá vez más cerca, juí oyendo el ruio que hace el galope de un caballo; de pronto paró el galope, me paeció que se desamontaba un jinete, y cuál no sería mi asombro al oir que llamaban á la puerta de mi covacha, diciendo al mesmo tiempo: «¡Tío Roque, tío Roque!»

JUANA ¿Y no tuvo usté mieo?

TÍO ROQ. ¿De qué? Abrí y me encontré de manos á boca con don Jacobo, tuviendo de la bría su yegua alazana. «¡Tío Roque!» me dijo: «Nesecito que me haga usté un favor mu grande. Usté no dispertará sospechas. Es preciso que esta carta llegue á las manos de Juana. Usté se las arreglará como puea.» ¡Y yo he sabío arreglármelas, y la carta está en tu poer, y yo estoy gozando!... ¡gozando! .. ¡Corre, corre á entregar esa carta, y ayúa, ayúa tú tamién!

JUANA ¡Ay, Dios mío!

TÍO ROQ. ¡Anda, anda!...

ESCENA VII

JUANA, DON MANUEL, GARCÍA, ALCALDE y ALGUACIL, en la casa

D. MAN. ¿Qué haces tú aquí? ¡A tu obligación! (A Juana, que se va.) Y tú espera en la calle. (Al Alguacil, que se va también.)

ESCENA VIII

DON MANUEL, GARCÍA y EL ALCALDE

D. MAN. Acabo de saber que alguien ronda mi casa por las noches. Usted, como alcalde, ha debido saberlo.

ALC. Sí, señor.

D. MAN. Y, ¿por qué no me lo ha dicho usted? ¿Porqué no me lo han dicho ustedes?

GARCÍA Por prudencia.

D. MAN. Y ya que no me lo hayan ustedes dicho, ¿por qué no lo han evitado?

ALC. Como no se trataba de una moza cualquiera...

D. MAN. Aquí no había que mirar la calidad de la moza, sino la calidad del mozo. ¡Y es preciso que á *ese mozo* no le queden ganas de rondar mi casa... ni ahora... ni nunca! ¿Me entienden ustedes?

ALC. / GARCÍA } Sí, señor.

D. MAN. ¡Desde esta noche! ¿Para qué les sirve á ustedes la partida armada, si no sirve para vigilar el pueblo? ¿Quién manda aquí? ¿Los Rodríguez ó los Martínez?

ALC. ¡Los Rodríguez!

D. MAN. Pues eso tiene que conocerse. No creo necesario decir más.

GARCÍA No, señor.

D. MAN. A dar órdenes. ¡Que no tenga yo que volver á llamarles la atención sobre ese asunto!

ALC. Se hará lo posible.

D. MAN. (A García, por el Alcalde.) Ilústrele usted. (Vase.)

ESCENA IX

ALCALDE, GARCÍA y EL ALGUACIL en la calle

ALC. ¿Quiere que se le quite de en medio?

GARCÍA No lo ha dicho claro, pero...

ALC. A mí... la verdad... me repugna.

GARCÍA Y á mí también.

ALC. Una paliza... bueno; un susto más que regular... vamos; pero lo que es... aun siendo un Martínez, francamente...

GARCÍA ¡Y ese hombre nos tiene cogidos!

ALC. Sí.

GARCÍA En fin, nosotros les decimos que, para mantener el orden público, es preciso que nin-

gún Martínez ronde en el pueblo, porque están los ánimos muy soliviantados con motivo de las elecciones; que al que ronde que le den un susto... Ahora, si se defiende... ¿qué han de hacer en defensa propia?

ALC. ¿Y así queda preparada la defensa?

GARCÍA Ese es un derecho natural.

ALC. Oye... (Al Alguacil por la reja.)

ALG. ¿Qué manda usté?

ESCENA X

EMILIA, GREGORIA y FILOMENA, en la casa

GREG. ¡Ay, hija, vamos á ver si aquí podemos respirar un poco, porque esos hombres son unas chimeneas!

FIL. Y tú necesitas aire puro.

EMIL. Sí.

GREG. Pues ¡más *puro* que ahí dentro!... Hasta mi marido—que sólo fuma cigarrillos—tiene en la boca un habano como una tranca... Y con lo que ha comido... y con lo que ha bebido, se va á marear... y me va á marear...

EMIL. Y le va usted á marear.

GREG. ¿Es que estás tú mareada, Emilia? ¡Porque estás muy pálida!...

FIL. ¡Y muy ojerosa, y muy!...

GREG. Pues, ven, ven á respirar el aire libre.

EMIL. ¡El aire libre!

FIL. Sí. En esta reja, que acaso...

GREG. ¡Si las rejas hablasen!...

EMIL. ¡No serían tan crueles como algunas personas!

FIL. ¿Por lo que te hemos dicho antes?

GREG. ¿Porque te hemos dicho, cumpliendo un deber de amistad y de cariño, que se dice que Jacobo Martínez trata de engañarte?

EMIL. ¡Oh!

FIL. ¿No está en lo posible?

GREG. ¿Y porque te hemos aconsejado, por tu bien, que des gusto á tu padre?

FIL. Por tu bien nada más. Nosotras, ¿qué vamos

ganando, sino la satisfacción de verte dichosa?

GREG. Y por el mismo bien de Jacobo, porque, deséngañate, siempre se hubiera opuesto tu padre, pero después de la escena de ayer, en que llegaron casi á las manos, ya comprenderás que... por todos los medios...

FIL. ¡Y como tu padre tiene tantos medios! Yo, en tu caso, no dudaría: entre casarme á gusto y satisfacción de mi padre, con un diputado joven y distinguido, para ir á lucirme á Madrid, ó provocar las iras de mi padre, para vivir en continuo disgusto, para ponerme mala como tú te pusiste ayer, y, en definitiva, para no casarme tal vez con Jacobo Martínez...

GREG. La elección no es dudosa.

EMIL. Para ustedes. No pido consejos. Si vivo en continuo disgusto, nadie se disgustará por mí. Si, en definitiva, no me caso, me quedaré soltera. Y si Jacobo me engaña, yo seré la engañada. A nadie he de ir á quejarme... ni nadie habría de sentirlo.

FIL. ¿Ve usted, Gregoria? ¡Ni agradecido ni pagado!

GREG. ¡Si es mejor no meterse en nada, Filo!

EMIL. ¡Oh! ¡Si yo les agradezco á ustedes mucho la intención, mucho!

GREG. ¡Parece que lo dices con retintín!

EMIL. No, lo digo como lo siento.

ESCENA XI

DICHAS y DON AMBROSIO

D. AMB. Querida Gregoria, vaya usted á tapar la boca á su marido, porque está diciendo muchas tonterías.

GREG. ¡Si ese hombre me va á consumir la existencia!... ¿Vienes?

FIL. Voy.

ESCENA XII

EMILIA y DON AMBROSIO

EMIL. ¡Ay, don Ambrosio, don Ambrosio!

D. AMB. ¿Son crueles, verdad?

EMIL. ¡Muy crueles!

D. AMB. No hay nada tan cruel como una mujer envidiosa. Fígurate una víbora afilando sus dientes para herir más hondo.

EMIL. Eso son las lenguas de esas dos mujeres. ¡Víboras afilándose en mi corazón!

D. AMB. Filomena tiene *filo;* la otra tiene mucho veneno en su *farmacia.* Consuélate con que, por mucho que se afilen, por mucho veneno que pongan en sus lenguas, aun les queda para estar siempre llenas de ponzoña. ¿Eres envidiada? No te pese. Por algo lo serás. El águila no envidia al reptil; es el reptil el que envidia al águila. Lo que se arrastra, envidia á lo que vuela... Tú, que tienes alas, asciende, deja que allá, en el fondo, se agiten los reptiles. Tú, si quieres, puedes llegar á ellos para azotarlos con tus alas; ellos, aunque quieran, no pueden llegar á tí. ¿Qué te escupen veneno? Les caerá encima el veneno que te escupan.

EMIL. ¡Pero me hace sufrir la envidia!... ¡Se goza en hacerme sufrir!

D. AMB. Sufre ella más que tú. Hasta su gozo es sufrimiento. Lleva en sí misma su castigo.

EMIL. No sé como he podido contenerme, don Ambrosio. ¡No sé como he tenido valor para no quejarme al sentir la mordedura!... ¡He tenido que estrujarme el corazón!

D. AMB. Mejor. Así habrás echado fuera el veneno.

EMIL. ¡Soy muy desgraciada!

D. AMB. ¡Ya lo sé, Emilia! Si me pides consejo, te diré que sigas los impulsos de tu corazón, después de pesarlos y de medirlos; si me pides consuelo te abriré mis brazos. A tí y á Jacobo os quiero mucho, por muchas razo-

nes; pero vuestra felicidad no depende de este pobre médico de pueblo; si de mi dependiese—y en lo que dependa,—estad seguros de que seríais muy dichosos... Yo no puedo hacer si no lo que ayer hice: tener de primera intención una buena agarrada con tu padre... y decirle cuatro frescas... y tenérmelas muy tiesas con él, y marcharme tan tranquilo... Tan tranquilo no me marché, porque aun me quedaron ganas de soltarle otras cuatro... más frescas todavía... Pero... todo se andará.

EMIL. ¡Oh, no!

D. AMB. ¡Si es que no puedo!... ¡Antes me pican la lengua!... ¡Pasaré por todas las infamias de la política de campanario—á la fuerza hay que pasar por las horcas caudinas;—pero lo que es porque el corazón de una hija se entregue como prenda pretoria, poniéndole precio como á vil mercancía... por eso no paso sin indignación y sin protesta! ¡Aunque me cueste lo que me cueste!... ¡Yo soy así!

ESCENA XIII

DICHOS y JUANA

JUANA ¡Don Ambrosio... don Ambrosio, que venga usted, que don Pepito está mu malo!

D. AMB. ¡Naturalmente!

EMIL. ¿Qué le pasa?

JUANA Paece que ha perdío la cabeza.

D. AMB. Habrá perdío el estómago, pero la cabeza...

ESCENA XIV

EMILIA y JUANA

JUANA Señorita. . señorita... tengo una carta de don Jacobo.

EMIL. ¿Le has visto?

JUANA Me la ha dao el Tío Roque.

EMIL. ¡El Tío Roque!

JUANA Dice...

EMIL. Dame la carta.

JUANA Tómela usté. (Sacándola del pecho.)

EMIL Y observa si vienen. (Lee para sí la carta y después dice:) ¡Ay, Juana, ay Juana!

JUANA ¿Qué le dice á usted, señorita?

EMIL. Que vendrá esta noche; que está decidido á todo; que es necesario que yo me decidida á todo también.

JUANA Y que la quié á usté más que á las niñas de sus ojos. Eso por sabío se calla.

EMIL. ¡Sí! ¡Y yo también le quiero á él más que á mi vida! Pero las cosas deben hacerse como Dios manda.

JUANA Mejor es hacer las cosas como Dios manda; pero cuando no se puén hacer como Dios manda, suelen hacerse como manda el diablo. Porque, vamos á ver, señorita, ¿manda Dios que el señor no consienta sus amores de usté con don Jacobo?

EMIL. ¡Qué ha de mandar eso Dios!

JUANA Pus, ¿tendría ná de particular que el diablo le diciera á usté al oío—mu bajito, como el diablo dice siempre esas cosas:—«Hay un medio de que el bárbaro de tu padre...»

EMIL. ¡Juana!

JUANA Perdone usté, señorita; era el diablo el que lo decía.—«Hay un medio de que tu padre no puea oponerse á que te cases con el que tú quieres... Te escapas con él...»

EMIL. ¡Juana! ¡Me parece que estás haciendo el oficio de diablo!

JUANA ¡No, señorita! ¡Líbreme Dios! Pero eso mesmo ha debío decir á más de cuatro mozas del pueblo que se han escapao con sus novios.

EMIL. Sí, pero yo no soy como ellas... ¡yo no debo ser como ellas!

JUANA ¡El *deputaito!*

EMIL. Pues, vamos...

ESCENA XV

DICHAS Y PACO

PACO — Emilia, deseo hablar con usted á solas unos instantes. Acaso los últimos que yo solicite y usted me conceda.

EMIL. — Hable usted. (Sale Juana.)

ESCENA XVI

EMILIA y PACO

PACO — Me marcho mañana.

EMIL. — ¿Mañana?

PACO — Sí. Cuanto antes mejor. Hasta ayer siempre me hubiera parecido pronto para dejar este pueblo; desde ayer, mañana me parece tarde. Pero antes quería despedirme de usted sin testigos. Nuestra despedida—la mía por lo menos—no puede ser la despedida ceremoniosa delante de todos. Tiene que ser de usted para mí, ó mejor, de mí para usted. ¡Quién sabe si nos despediremos para siempre! Yo no pienso volver á Villa-España; y lo más probable es que no nos encontremos nunca! Usted seguirá su camino, seguiré yo el mío, y...

EMIL. — ¡Mi camino! ¡Bien escabroso y bien erizado se presenta! ¡Dios sabe cuál será mi camino!

PACO — ¡Dios sabe cuál será el mío! ¡Por de pronto es distinto del suyo, Emilia! Y quiero seguirle sin obstinarme en ser obstáculo en el de usted. Ya que no me deba usted su dicha, como hubiese querido, que no me deba usted su desgracia.

EMIL. — Yo se lo agradezco á usted mucho.

PACO — «Conténtese usted con ser diputado... ¡No contribuya usted á la desgracia de la pobre Emilia!» ¿No fueron esas sus palabras? Pues me *contento* con ser diputado, y me vuelvo á Madrid. ¡He llegado tarde! ¡Ama usted á otro hombre! No iba usted á estar esperan-

do á que yo llegase. Dígale usted que me marcho, no porque le tema—que si usted me amase no le temería;—que no me han amilanado sus palabras; que me han vencido las lágrimas de usted; que le tengo envidia, porque ha logrado el bien que yo soñaba, pero que no le odio, ni le guardo rencor, ni deseo su mal. Una envidia noble y generosa. ¡Qué envidia más rara! Y, sin embargo, es envidia!... Yo le aseguro á usted que es envidia! ¡Y son celos! ¡Lo conozco en que algunas veces, al pensar en ese hombre, quisiera tenerle á mi alcance para ahogarle entre mis manos, ó morir á las suyas!

EMIL. ¡Oh, no!

PACO Perdón, Emilia... Ya le he dicho á usted que me marcho mañana. «¡Qué prisa tiene por marcharse!»—dirán.—«Ya se lleva el acta.» ¡No saben lo que me dejo! ¡Y si me dejase aquí el corazón!... Pero me lo llevo también, como algo herido que se queja dentro de mi pecho. ¡Vine rebosando alegría, con la mente llena de ilusiones, y regreso de mi primera campaña, diputado, sí, pero saturado de tristeza, con la primera desilusión en la mente y con el primer desencanto en el corazón! ¡Oh, qué viaje tan feliz!

EMIL. ¿Qué quiere usted que yo le diga? Que mi alma le concede en agradecimiento lo que no ha podido concederle en amor... y que siempre—sea feliz ó desgraciada—recordaré su nobleza de sentimientos. ¡Gracias! ¡Gracias!

PACO ¡Adiós, Emilia!.. ¡Adios!

ESCENA XVII

EMILIA, GREGORIA, FILOMENA, DON MANUEL, DON AMBROSIO, DON PEPITO, DON AQUILINO, BERMÚDEZ y GARCÍA, cuando lo indica el diálogo.—Gregoria trae cogido por el brazo á don Pepito. Detrás vienen Filomena, don Ambrosio y don Aquilino, y por último don Manuel

GREG. ¡Vamos, vamos, que estás dando un espectáculo!...

D. PEP. Vamos donde tu quieras... Esta noche estoy yo dispuesto á ir contigo al fin del mundo!... ¡Pues si tengo yo esta noche más espíritu!...

D. AQ. ¡Divino! (Á don Ambrosio.)

D. AMB. De vino.

D. PEP. ¿Que yo no tengo actividad? ¡Decir que yo no tengo actividad! ¿Qué soy muy pesado? ¡Esta noche soy etéreo... volátil! ¡Un globo lleno de humo, que va subiendo... subiendo!...

GREG. (Tirándole del brazo.) ¡No, bajando, bajando!...

D. PEP. ¡Suelta la cuerda... no quiero ser globo cautivo!

GREG. ¡No disparates más!... ¡A casa!

D. PEP. ¡Yo no voy con usted á ninguna parte! ¿Quién ha dicho que yo soy «don Pepito el boticario»?

D. AMB. Venga usted con nosotros. (Le coge de un brazo.)

D. AQ. Con nosotros, don Pepito. (Cogiéndole del otro brazo y llevándosele hacia la puerta.)

D. PEP. ¡Con ustedes, bien! ¡Llévenme ustedes donde quieran... menos á mi casa! ¡Estoy harto de mi mujer!... Ahora que no me oye.

GREG. ¡Infame!

BERM. Don Manuel, Paco quiere marcharse mañana.

D. MAN. Eso no puede ser.

GARCÍA (A don Manuel.) Ya están dadas las órdenes. Vengo á decírselo á usted y á buscar á Filomena.

D. MAN. Bien. (A Emilia.) En cuanto se marchen, cerrad, y á recogerse. Venga usted (A Bermúdez.) yo le haré desistir de su propósito.

EMIL. Adiós, papá. (Queriendo darle un beso.)

D. MAN. Adiós. (Haciendo como que no la ve.)

EMIL. ¡Oh!

FIL. Créeme, créeme; el «diputadito» es el que te conviene.

EMIL. ¿Cualquiera, menos Jacobo? ¡Pues á Jacobo es al que yo quiero!

FIL. ¡Allá tú!...

GREG. Buenas noches, Emilia.

EMIL. Buenas noches.

ESCENA XVIII

EMILIA y después JUANA, en la casa; DON AMBROSIO y DON AQUILINO, llevando á DON PEPITO y detrás GREGORIA, FILOMENA y GARCÍA, en la calle

EMIL. (Queda como luchando con su situación y sus pensamientos, hasta que, venciéndolos, se pasa la mano por la frente, y llama.) ¡Juana!

D. PEP. No se casen ustedes. ¿Quieren ustedes que les defina químicamente el matrimonio? «La combinación de dos cuerpos simples. . para dar un compuesto... que suele ser una mezcla detonante...» A mí que no me pidan «sulfuro de antimonio...» porque despacharé «sulfuro de matrimonio.»

GREG. ¡Ay, qué hombre!

FIL. ¡Cálmese usted, Gregoria!

GREG. ¡No sabe lo que se dice!

EMIL. ¡Cierra! (A Juana, que sale.)

ESCENA XIX

EMILIA, JUANA y JACOBO

JAC. (Aparece por la primera lateral de la izquierda. Observa si hay alguien, y se dirige á la reja.) ¡Emilia!

EMIL. ¡Jacobo!

JUANA (Quedándose parada en la puerta.) ¡Pero señorito!

EMIL. ¡Que está mi padre levantado!

JUANA ¡Y la puerta sin cerrar entoavía!

JAC. Ya lo sé... No perdamos tiempo... Es preciso que me sigas!

EMIL. ¡No!

JAC. ¡Sí! Todo lo tengo preparado. En la primera esquina de esa calleja me tiene el tío Roque la yegua alazana.

EMIL. ¡Jacobo, tú no sabes lo que me propones! ¡Abandonar mi casa á estas horas y de esa manera... huir contigo por esas calles y por esos campos... dejando en todo el camino girones de mi honra!... ¡No, Jacobo, no puedo... no debo!...

JAC. ¡Te propongo la libertad, el amor, la dicha! La realización de nuestros sueños... de nuestras ilusiones... de nuestras esperanzas!... ¡No hay otro medio! ¡Deja que el mundo diga lo que quiera!... Nosotros seremos muy felices... y tu serás tan honrada como la que más.

EMIL. ¡No... no!

JAC. Yo... ¡me iba... me iba!...

EMIL. ¡Yo... no!

JAC. ¡Porque no me quieres como yo te quiero!...

EMIL. ¡Oh... sí... más... más... con toda mi alma!... ¡Con todo mi ser! Pero, ¡por lo mismo... por lo mismo!

JAC. Pues si me quieres como dices, pruébamelo de otro modo que con palabras: con hechos, que se imponen, que son necesarios para que logremos la felicidad!

EMIL. ¡Por Dios, Jacobo! ¡No exijas eso de mí!.. ¡Yo quisiera seguirte! Mi alma te sigue, se va contigo. . no tiene que irse contigo... está contigo siempre!... ¡Siento que me atraes... que me llevas... pero también siento que hay algo que me retiene, que me sujeta á esta casa! ¡Tengo aquí muchas raíces, muchas!... El pasado tiene mucha fuerza, Jacobo, mucha fuerza!

JAC. ¡El presente tiene más fuerza que el pasado... el porvenir tendrá más fuerza que el presente... y el amor tendrá más fuerza que todo!.. ¡Sí, Emilia mía, sí! ¡Convéncete de que no hay otro remedio! ¡Lo contrario es empeñarse en una lucha imposible!... ¡Tu padre está decidido á todo... y yo estoy decidido á todo también!... ¡Sé á lo que me expongo solo con pisar esta noche las calles del pueblo!...

EMIL. ¡Oh!

JAC. ¡Y aquí me tienes sin temor á nada, jugándome la vida! ¡Que para qué quiero la existencia, si no has de ser mía, y si no he de ser tuyo para siempre!

EMIL. Pero, ¡Dios mío!... ¡Yo quisiera que vieses lo que pasa dentro de mí... ¡Oigo tu voz y,

vencida por ella, estaría á tu lado! Pero al mismo tiempo siento, más que oigo, como la voz de un alma que me dice: «Hija mía, hija mía, tú no debes salir de esta casa con un hombre, sino para ser su esposa á la faz del mundo, á la luz del sol, no huyendo con él, á favor de la noche, á merced de la obscuridad.» Y veo la sombra de mi madre... que se alza de la tierra... ó que baja del cielo... y que me echa sus brazos y que llora conmigo! ¡Ay, Jacobo!... ¡Ay, Jacobo! ¡Ten compasión de mí!

JAC. ¡Yo te juro por esa augusta sombra de tu madre... yo te juro por la santa memoria de la mía, que estarás en depósito sagrado hasta que la iglesia santifique nuestro amor! ¡Y te juro más: te juro no tocar con mis labios ni un sólo rizo de tus cabellos, hasta que seas mi esposa! ¡Por lo mismo que te confías á mi caballerosidad! ¡Si yo soy el primero en quererte pura y santa y buena! (Mientras Jacobo dice lo anterior, se oye, un poco lejos, la jota, que en bandurrias y guitarras, tocan los mozos de la ronda, y cuando concluye de hablar, una voz que canta la siguiente copla:)

VOZ
Naide ronda hoy en la villa,
naide sale de su casa,
naide, si no es de los nuestros,
pela en el pueblo la pava.

EMIL. ¡Márchate, Jacobo!

JUANA ¡Sí, márchese usté, que los mozos son mú brutos, sobre tóo cuando están borrachos!

JAC. No me asustan por eso. ¡Vengo prevenido!

EMIL. ¡Vete por Dios, Jacobo!

JAC. ¡Contigo!

EMIL. ¡Sin mí!... ¡Pronto!... ¡He visto unas sombras en esa calle!

JAC. ¡Si no me voy!... ¡Si no me voy! ¡Aunque supiese que caía aquí muerto! Pero no temais... ¡Son unos cobardes! Ellos, en la sombra... Yo, á la luz... ¡Ni la de la luna pueden resistir! (Suena un tiro.)

JAC. ¡Oh! (Resguardándose de aquella calle y como empuñando en el bolsillo un arma.)

EMIL. (Casi al mismo tiempo.) ¡Ay!
JUANA ¡Virgen Santisma!
JAC. ¡Miserables!
EMIL. ¡Dios mío!... ¡Van á matarle!... ¡Oh, no!... ¡Su vida... su vida!... (Saliendo á la calle por la puerta que figura dar al portal.)
JAC. ¡Cobardes!... ¡Venid uno á uno contra mí... ó todos juntos... pero dad la cara!
EMIL. (En la calle por detrás de la casa.) ¡Jacobo!... ¡Jacobo!... (Cubriéndole con su cuerpo.) ¡Yo le defiendo... tirad! ¡Qué! (Palpándole á ver si está herido.)
JAC. ¡Nada! ¡Gracias, amor mío! ¡Vamos!
EMIL. ¡Oh! ¡Fuera de mi casa!
JAC. ¡Con tu Jacobo!
D. MAN. ¡Emilia! (Dentro.)
EMIL. ¡Mi padre!
JUANA ¡Santa María, madre de Dios!
JAC. ¡Ven... ven!
D. MAN. ¡Emilia! (Más cerca.)
EMIL. ¡Ay, Jacobo! ¡¡Ay, Jacobo!!
JAC. (Llevándose á Emilia por donde él salió.) ¡Ahora que vengan á arrancarte de mis brazos! (Vanse.)

ESCENA ÚLTIMA

DON MANUEL, JUANA, y EL TÍO ROQUE al final

D. MAN. ¿Dónde está tu señorita?... ¿Dónde? ¿Dónde?
JUANA ¡No sé!... ¡Sonó un tiro!... ¡Salió!...
D. MAN. ¡En la calle!... (Lanzándose á la reja.)
TÍO ROQ. (Apareciendo en la calle.) ¡Se la lleva un Martínez! ¡Tamién se llevaron á mi hijo!
D. MAN. ¡Maldición!
TÍO ROQ. ¡Sí!... ¡Maldito!... ¡Maldito seas! (Cuadro.)

FIN DE LA COMEDIA

3 0112 117454428

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.